

Quando estos abuelos fueron destinados a la Infanteria de Marina yo fui con ellos,, con todo mi cariño , dedicado José Medina Lopez –Sergio Rodriguez Almeida – Srgio Moreno Cruz. Y “Sipi”De quien no recuerdo el nombre__





Mi Historia Forjada en la infantería de Marina

“!! LA MILI ¡!”

Sabia que me faltaría espacio en este libro, o más bien es una excusa, para acabar mi compromiso lo más pronto posible, y como no quiero alargarlo mediante palabras sin sentido o alargando las historias, cambio el rumbo del mismo y paso a escribir historias de la Puta Mili, que pase y pasamos. Pocos hablan bien de aquel tiempo, y los que lo hacen solo recuerdan los buenos momentos, aunque en ellos siempre incluyan al típico mando prepotente y al Sargento Chusquero. Muchas son las historias para olvidar, muchas las cosas que no quisimos ver, como muchas son las que olvidar,



CAPITULO 1 EL COMIENZO

Todo comenzó una tarde que encontrándonos en la discoteca Batusi, que se hallaba en San Juan Despi, alguien nos dijo que las listas del sorteo militar estarían expuestas a partir de las ocho en la puerta de la iglesia de Cornella de Llobregat.

Nos fuimos para halla. A Lete le toco junto con Sebas y Ruano a Madrid. Yo vi que en la fecha que nací, ponía Infantería de Marina, nos quedamos un poco perplejos, ya que de los que allí estábamos, ninguno sabía que hostias era eso de la Infantería de Marina

y me tenía que tocar a mí. A Lobo le toco Marinería, eso lo entendíamos, pero de lo mío, ni idea.

Recuerdo que ese lunes en el trabajo lo comente con mi Amigo Just (José). Él me dijo que se iba cuatro meses antes que yo y que Colet se iría dos meses antes que él, aunque lo de la Infantería de Marina no me lo dejo muy claro. No había visto a un infante de Marina en mi vida. Alguien me dijo que eran esos que salen en las películas de guerra haciendo desembarcos, vamos que eran carne de cañón y que se los cargaban como a chinches, o sea que me había tocado la lotería.

La noche que me fui lo hice en compañía de Montoya, (un amigo del colegio). Su novia, los padres de esta y un amigo de la calle y su padre nos vinieron a despedir. Deje en el bar a mi hermana pequeña y a mi novia y nos fuimos. No quise mirar atrás, tenía miedo que al hacerlo no pudiera salir adelante. Con Just había hablado de pasar a Francia, él ya había ayudado al hermano de un amigo a pasar y la idea no se me olvido. Franco había desaparecido del mapa y la gente empezaba a saber que había algo más que su régimen.

Aunque en compañía de ellos, iba solo. Nunca me importo ir solo, he caminado muchas veces solo conmigo mismo y lo sigo haciendo, en parte, en un momento como aquel, creo que fue lo mejor.

Al llegar a la estación me pareció estar en otro mundo. Siempre he evitado las aglomeraciones, pero allí eso era imposible. Había familias enteras, grupos de amigos y amigas del Lago de Bañoles, había más de treinta personas solo para despedir a uno, me recordaba a la estación de Atocha la primera vez que la vi con siete años, después, aquella imagen, me pareció verla en más de una película, eso sí, con menos lágrimas, no íbamos a ningún campo de concentración, pero la preocupación era enorme porque ninguno sabía que iba a ser de él, allí, decían los viejos, que nos haríamos unos hombres hechos y derechos.

El tren partía y las ventanas se llenaron de cabezas. Yo seguí sentado, no tenía a nadie a quien mirar. Cuando la estación se perdió en la lejanía, Montoya se sentó a mi lado, no le dije nada, seguía con su llanto. Si algo se muere en el alma cuando un amigo se va, cuando se va lo que más quieres, no la puedes ni encontrar.

Salíamos a las doce de la noche de un frío día de febrero. No teníamos prisa. En el tren iríamos unas cuatrocientas personas y aun teníamos que recoger a más de doscientas en Valencia. A medida que parábamos en las estaciones, nos íbamos colocando de bebida para pasar el mal trago, unos para olvidar, otros para darse valor y otros para no pensar en sí mismos. En Valencia nos dijeron que pararíamos una hora y media, nos dio tiempo hasta para buscar un bar donde comer paella, (no íbamos a pasar por allí y no comerla), no estuvo mal, la verdad es que nunca he sido de paella y no será porque no he comido, Blanca, (mi mujer), es de Castellón y allí los domingos la

paella es sagrada, eso sí, de carne, nada de marisco, eso se deja para los jueves con la fideuá.

Cuando nos subimos al tren para continuar el viaje al infierno ya contentitos, nos fuimos dando cuenta entre todos que no había vuelta atrás, por lo que los sentimientos se empezaron a disipar.

Me dije: “para que me corten el pelo ellos, me lo corto yo”, buscamos unas tijeras y no tardamos en encontrarlas, allí había gente que llevaba de todo, menos armas de guerra, creo que se podría encontrar cualquier cosa, y no había armas de guerra porque nos dijeron que nos las daría cuando llegáramos, que si no alguna habría por allí.

Tras pelarme a mí, nos dio por ir cortándose a todos los que pillábamos. La gente se dejaba hacer, era una forma de olvidarse de todo aquello, además se nos daba bien, incluso estuvimos a punto de cortárselo al brigada que venía de escolta con nosotros desde Barcelona, el Sargento que se subió en Valencia a cargo de los que allí se subieron al tren, nos lo impidió, el tío hasta echo mano de la pistola y se nos quitaron las ganas de seguir cortando el pelo a nadie. En aquel tren hice mis primeras amistades de mili, sobre todo con Juan, un gran tío de Tarrasa.

Tardamos en llegar veinticuatro horas. Al llegar a Cartagena nos montaron en autobuses y tras una media hora llegábamos al cuartel. Allí había un patio tan grande que podrían caber más de tres mil personas. Nada más ver aquello y después de ponernos en fila, se me fue pasando la media borrachera que llevaba y no fui el único. Se me acabo de pasar de golpe cuando nos llevaron a la cocina, allí nos estaban esperando para darnos un café con leche y galletas. Me sorprendió el pelado que tenían la gente que nos sirvió el café y las galletas, pensé que estaban arrestados, (había escuchado muchas veces que a los arrestados los pelaban al cero), aunque aquellos no estaban pelados al cero les habían dejado algo de pelo encima de la cabeza, creí que sería la costumbre. Tras salir de la cocina nos llevaron a una sala grande, allí nos esperaban para como ganado pelarnos a todos de la misma forma. Cuando vi a los que iban delante de mí, me dio un vuelco el corazón, aquellos iban pelados como los de la cocina, no estaban arrestados, era el tipo de pelado que se tenía que llevar allí. No perdí la fuerza como Sansón porque nunca la tuve, pero lo pase fatal. Mi pelo, aquel por el que siempre me preocupaba, dejo de ser una preocupación ya que desapareció de golpe. Fue entonces cuando no me quedo un pelo de tonto ni de listo, ahora era el momento de hacerse el tonto, allí no había listos. En ese momento nos despojaron de todo pensamiento.

De allí pase a las duchas y después de darnos ropa, nos llevaron a otra sala donde nos pondrían un cartel al pecho con un número. Just me había esperado en esa sala después de bajarme del autobús. Yo le había entregado el dinero que llevaba. Cuando

lo vi estaba junto a Colet, que era uno de los responsables de repartir los números, a mí me dieron el cinco mil y pico, pertenecía a la quinta compañía de la que Just era cabo instructor. Tras aquella numeración, nos acompañaron a la compañía. Me había despistado de los compañeros que había hecho en el tren y de los dos medio amigos, estaba solo, la suerte era que tenía a Just, él en ningún momento me dejó solo. Una vez en la compañía me preguntó que cama quería y le pedí la de abajo. Las literas eran de tres camas de altura y la última impresionaba. Había follón por todos los lados, el caos era total, la mayoría de gente no había dormido en su vida en literas y la de arriba no gustaba a nadie, estaba muy alta, la verdad era que daba miedo. Cuando ya tenía controlada mi cama en compañía de Just, llegó el de Banyolas y se apoderó de la cama de encima de mí. En ese momento lo llamaron unos compañeros justo cuando pasaba por allí un cabo bastante recio con el grupo que iba, entonces se despisto y se quedaba sin sitio. Yo cogí lo poco que había dejado el de Bañoles en la segunda cama y lo puse en la tercera y le dije a aquel chaval que se quedara en la segunda cama, y al ver que estaba con Just no puso ninguna pega. Al momento llegó el de Banyolas quejándose porque le habían quitado el sitio y protestó diciendo que esa cama era suya. Yo le dije si quería se quedara con la tercera y si no que se largara de ahí. Él protestó en catalán y me acordé de su padre, me debió ver que no estaba para hostias y se calló. ¡Joder!, todavía no había pasado una noche y ya me estaba acordando del padre de alguien, cuando lo que tenía que haber hecho era acordarme del mío y de mi gente.

Por la mañana, cuando mejor dormía, una trompeta lejana nos sacó (entre gritos de arriba, arriba, dados por los monitores) de la cama. Empezaba un nuevo mundo, una vida que no quería y que me obligaban a vivir, o allí o en prisión. Un vecino de la calle se pasó siete años en la prisión de Figueres solo por negarse a coger un arma, era testigo de Jehová, lo soltaron tras la muerte de Franco, siete años son muchos años.

Nos llevaron a desayunar lo mismo que la noche anterior y después al patio. La quinta compañía tenía diez filas de veinte personas. Cada cabo era responsable de una de ellas. Yo al meterme en la fila me lie, y acabe en la de Just. Nada más darse cuenta, me dijo que me colara en la de al lado. Acababa de llegar y ya me decían que me tenía que colar, hasta los chavales de aquella fila me hicieron sitio y allí me colé, delante de aquel chaval que le había cedido la segunda cama. Una vez todo controlado nos llevaron marcando el paso, (cada uno como podía), a un campo que se encontraba en las afueras del cuartel, allí nos enseñaron a llevar el paso derecha, izquierda, media vuelta y otra vez a empezar. Iban a hacer todo un hombre de mí, aunque fuera por aburrimiento.

A la hora del almuerzo nos dieron un bocadillo y nos dejaron libertad para poder comerlo. Había una cantina ambulante donde la mayoría acabamos buscando algo de

beber, tras la cantina se veía el mar y eso calmaba nuestra ansiedad, muchos nos quedamos mirando el mar, quizás pensando en que allí se encontraba la libertad. Entraba una lengua de mar hacia nosotros dándonos la bienvenida, como amé aquel trozo de mar durante los días que pase allí..., no se puede explicar, era lo único que me sacaba de aquel infierno, allí todo eran carreras, solo nos faltaba el cuerpo a tierra. Estuvimos dos semanas para aprender a desfilar sin armas, tras eso nos dieron la ropa oficial y con ella pudimos salir a la calle, por fin veíamos Cartagena. Todos pensamos en lo mismo, aquella noche no cenaríamos en el cuartel, estábamos cansados de malas cenas, solo valía la pena el vino que nos daban, que aun siendo una mierda era vino. Yo me encargue de hacerles el agujero más grande a tres porrones que habían allí y no fui el único, casi no había un porrón con su pitorro completo. Los bocadillos no estaban mal, al igual que la comida del mediodía, pero con la cena se pasaban un huevo, no valía para nada, pescado pasado y más pescado, tortilla de patatas o huevos fritos muy mal fritos. Hambre no se pasaba, pero se escuchaban demasiadas historias sobre la comida.

Con el chaval que dormía encima de mí nos empezamos a llevar bien. Era canario. Hasta entonces no había conocido a ninguno, aunque tampoco había conocido a nadie de Banyolas hasta que llegue allí. El de Banyolas siempre estaba rodeado de varios catalanes, siempre pagaba él en la cantina del cuartel o en la de afuera, manejaba pasta. Hay que tener en cuenta que allí no hay que ser el primero en nada, ni el último de todo, hay que estar en el medio y aquel estaba siempre el primero en todo, supongo que le tenía que venir de familia sino no se entendía lo de su guardia pretoriana, mas de una vez tuve alguna que otra palabra con él, si no daba la nota no era feliz. Una noche se cayó de la cama dormido y casi se mata y yo como un gilipollas fui el primero en ayudarlo.

El canario se llamaba, (y se llama), José Medina López. Al juntarse con los suyos acabe yo entre ellos. Uno de ellos, Antonio Medina, llegaría a ser un gran amigo. Me sorprendieron en muchas cosas, beber cervezas con pastas de bollería era una. Casi todos estaban casados. De los ochenta y cinco de ese curso, setenta y algo lo estaban. Yo no lo entendía, no era normal, eran muy jóvenes. Vi a muchos llorar mientras hablaban con sus familias. Se me partía el alma al escucharlos, aquella gente lo estaba pasando fatal, lejos de sus mujeres queridas y sus hijos, era muy fuerte. En el ejército de tierra, a los casados con hijos los iban mandando para casa a los tres o cuatro meses más o menos, pero allí eso no valía. En Marina eso no era un atenuante, quizás fuese por aquello de que un marino tiene una novia en cada puerto o esquina. ¡Menudas llanteras viví!, llanteras que una vez en Canarias todos olvidaron a los tres días de llegar.

La primera vez que salimos después de ver lo típico de la ciudad, el submarino de Isaac Peral, el barrio chino, (con los años en ese barrio se encontró un circo Romano)..., fuimos todos a cenar a los bares que se encontraban a su alrededor. La cena, para casi todos, fue la misma durante los días que cenamos allí, lomo o bistec con patatas fritas, estaba buenísima, el precio era más que razonable, por lo que siempre estaba lleno.

Just tenía sus amistades y yo fui haciendo las mías, no por eso dejábamos de tomarnos nuestras cervezas en la cantina alguna vez. En la compañía había dos chavales que eran homosexuales, que entonces no los conocíamos por ese nombre. Uno era más alto que yo, delgado y el otro si dio la talla para estar allí, la dio de milagro. No podían ocultar su feminismo. Había oído que la gente se pasaba con ellos, pero yo no les había dado importancia. Una noche fuimos a la cantina Just y yo, tras pedir dos cervezas vimos que había un grupo de gente al final del local, se estaban divirtiendo, lo que no podíamos imaginar era con quien se divertían, los tenían atrapados sin dejarlos salir. Cuando nos dimos cuenta de que se estaban pasando con ellos, Just se levantó y fue para ellos seguido de mí, se enfrentó con todos y me arrastro a mí a la pelea. Aquellas dos personas salieron de allí en nuestra compañía, no fue un momento placido, allí había mucho ignorante como mucho cabrón. A Just medio lo respetaban por lo que era y a mí porque conocía a varios de ellos. La verdad es que la razón nos dio fuerza para aquello. Tres días después, antes de salir hacía el campo de instrucción, en la puerta de la compañía, estaban ellos vestidos de paisano y con unas bolsas cada uno a su lado, los habían dado de baja, yo me alegre por ellos, estaban celebrando con varios conocidos su retorno a la libertad, (unos conocidos que hacía tres días atrás se escondieron cuando vieron lo que ocurría en la cantina). En ese momento pasó el comandante Cura y algo les escuchó que se volvió hacia ellos y les dijo de todo, desde que no eran hombres, hasta impresentables y acabo diciéndoles que no le tocaran los cojones o por sus muertos se pasaban toda la mili allí. Nos quedamos todos pasmados, un cura con aquel vocabulario no podía estar cerca de Cristo. Los chavales se callaron y no dijeron nada. El comandante cura espero su respuesta, el frio se podía cortar con los dientes, esperó un momento mirándoles fijamente y oliéndoles el miedo y se marchó. Aquel día aprendí algo y es no presumir de algo, lo hayas o no lo hayas hecho.

Un día entrando en la cantina con José Mediana, Antonio Medina me dijo que no era capaz de fumarme un cigarro de unos que él llevaba, se apostó una cerveza conmigo que no tenía huevos de acabar de fumármelo. ¡Hostias lo que me dijo...!, antes de encenderlo se habían arrimado varios canarios hasta nosotros, no tardé en jugarme unas siete cervezas con ellos, una por cabeza. José no quiso apostar, le debí de dar lastima. Cogí el cigarro, lo encendí le di una calada y los pulmones se me quisieron

salir del pecho, me salían hasta chispas por los ojos, se habían quedado conmigo. Aguante como pude la primera calada y empecé a darlas más cortas. Reconozco que me costó un montón acabar con aquel cigarro, pero lo acabé, antes reventar que perder siete cervezas. No se lo podían creer. Solo muy pocos de ellos podían fumarse aquellos malditos cigarros. Yo tenía a mi favor que había fumado muchos celtas cortos de mi padre, ya con nueve años me fumaba las ramas secas de unos arbustos liadas en papel de periódico, como también había fumado mucha picadura con mi abuelo, pero aun así aquello era fuertísimo. Con el tiempo me lo fumaba como algo normal, eran unos cigarros pequeños y les llamaban mecánicos ya que era típico que lo fumarán ellos.

La instrucción la llevábamos bien, aunque Just siempre me dijo que era un patoso, que no había forma que me saliera bien el desfilar, será que nunca he tenido espíritu de guerrero. Teníamos un brigada ya mayor con voz de pito que era un auténtico paliza, no paraba de chillar. Un día me vino por la espalda mientras desfilaba y ordenándome que metiera el brazo, me dio en el codo, lo que no esperaba él fue que al hacer eso la bayoneta que llevaba, del golpe que me arreo, le quedo a milímetros de la cara. Me volví y vi la cara de acojonado que puso, no era para menos. Jamás me dijo ni pio sobre el tema, excepto el día que a media instrucción me mando a limpiar las duchas.

Supe de gente enchufada que venían hasta de familia de ministros. Algunos eran del curso anterior que los tenían allí esperando destino. El enchufe no les evito servir en las cocinas, como tampoco limpiar las letrinas, o cualquier otro servicio. Los que ponían los servicios se acordaban muy a menudo de ellos. Aprendí que no hace falta estar enchufado por las más grandes esferas, los que mueven los hilos están por norma junto a ti. Yo solo limpie las letrinas cuando estaban ya limpias y eso porque suplía a dos o tres que tenían que ir al médico. A estos, (a los que iban al médico), se les llamaba “viejas”. Según el Brigada con habla de pito, ese fue el único servicio que hice en toda la instrucción, y todo gracias a Colet y Just.



Los días que no podíamos salir tras la cena, nos poníamos a ver la película que nos ponían en el comedor. Se habían puesto de moda las películas de chinos y nos hinchamos de ellas, creo que lo hacían como forma de alimentar nuestro supuesto valor guerrero. Lo único para recordar de aquellas películas, eran los porrones de vino que no estaban vacíos y acababan vaciándose. No eran películas para recordar, pero es difícil olvidar la película “El Luchador Manco”, o “La furia del Tigre Amarillo”, lo mismo era porque los dos protagonistas eran mancos.

Se acercaba Semana Santa. Después juraríamos bandera y nos daban seis días de permiso. Me dije que no eran tan malos, pero más tarde me di cuenta que simplemente era una cuestión de ahorro. Me prepare para volver al hogar con mi gente, aunque solo fueran seis días. El grupo de canarios lo tenía mal, no había aeropuerto por allí cerca, por lo que pocos podrían volver al hogar. Hablé con José Medina, (Pepe para los amigos), le dije de venirse conmigo esos días a Barcelona y le pareció buena idea, él nunca había salido de su isla, como la gran mayoría de ellos, (no recuerdo que ninguno de los que conocí hubiera pisado en su vida la Península). No teníamos claro si lo dejarían venir a Barcelona, pero yo tenía a dos compañeros en sitios estratégicos y al final, gracias a ellos, lo resolvimos. Pepe se vendría conmigo a Barcelona de permiso.

Lo que algunos dudaban se convirtió en una realidad. El sábado a primera hora subíamos al autocar que nos llevaría a Barcelona.

Al pasar por San Justo le dije al conductor que nos dejara junto al puente de Esplugas, después de un rato de discusión el hombre aceptó, (íbamos por la Autopista y allí no se podía parar para dejar a dos pasajeros, además que la Autopista está toda vallada). Yo conocía muy bien ese sitio. Bajamos, recogimos los petates y salimos de allí por un hueco de la alambrada que yo muy bien conocía. De allí a mi casa no habría más de veinte minutos andando. Llegamos a la hora de comer. Allí estaban esperándome los míos y mi novia, la alegría fue grande y eso que solo llevaba mes y poco fuera de casa. Mi casa no era muy grande, pero siempre había sitio para alguien.

Pasamos allí los seis días. Recorrí con Pepe parte de Barcelona, (no es que pudiera ver mucho..., pero algo vio). Siempre podría decir que estuvo en Barcelona, pero lo más importante es que nos olvidamos por unos días de la Mili.

Cogimos el autobús a las seis de la tarde y llegamos al cuartel a la una y algo, solo había seiscientos kilómetros, no fue como con el tren donde tardamos veinticuatro horas.

El lunes volvimos a la rutina. Nos enseñaron a disparar y a lanzar granadas, esto último con poco de acojone. El Capitán de nuestra compañía cojeaba un poco por culpa de una granada que lanzó un recluta hacia arriba. Se llamaba Capitán Larumbe. Fui de los primeros en lanzar la granada y no vi peligro en ello, ¿quién no ha tirado una piedra alguna vez? Saltaban al explosionar algunas piedras, pero si llegaban, lo hacían sin fuerza. Dos o tres piedras de esas fueron las que le jodieron la pierna al Capitán. Había un chaval bastante alto y otro bajito, siempre iban juntos, eran del mismo pueblo y los dos eran cabreros. A ellos les dejaron tirarlas a estilo pastor y fue la re ostia, nos quedamos asombrados con la distancia. Lanzo con tanta fuerza que cuando la soltó, cayó al de al lado, se libro de milagro. Aquello demostraba que las advertencias no iban en broma. Si la granada hubiera llevado su carga normal se lía una desgracia, y eso que el sargento estuvo al quite y tiro del chaval. Dicen que las armas las carga el diablo y parece ser así. Aquel día aprendí que juegos con ellas, ninguno.

Nos hicieron unos exámenes, en ellos podías pedir destino, que te lo concedieran ya era otra cosa. El compañero que estaba a mi lado, me dijo de apuntamos a los boinas verdes y yo acepte, me daba igual, fuera donde fuera estaría lejos de casa. Pepe, que se sentaba a mi lado pidió destino en Canarias, lo más fácil era que lo mandaran para allí. Estábamos a punto de jurar bandera cuando, vinieron unos tíos de los boinas verdes, y tras una charla a todos los que habíamos pedido ese destino, nos hicieron las pruebas. La base más importante que te pedían era saber leer y escribir, aun con mis faltas no fue problema para que me aceptaran. En una de las pruebas más importantes, que era una carrera, por despiste, salí el último de quince y fui recortando

hasta quedar el cuarto o quinto, tenía fondo y aquello valía la pena. Esa noche, cuatro o cinco que habíamos hechos las pruebas lo celebramos en la Cantina, ya nos veíamos con las gorras puestas, ¡íbamos a pertenecer a un cuerpo de elite!, no me desagradaba la idea, sobre todo por que como me habían comentado, se me pasaría la mili volada.

Just, que apareció por allí, al decírselo pensó que estaba loco, que no sabía lo que hacía, que metían mucha caña, que esos tíos estaban todo el día currando. Esa noche no paro de darme vueltas la cabeza. No me asustaba el cansancio ni la dureza que pudiera encontrar, hacía ya más de un año que iba dos días por semana al gimnasio, me prepare para ello... Por la mañana, a Pepe le dijeron que volvería a Canarias, de ochenta y cinco que llegaron volverían setenta y ocho, dos se fueron a los boinas verdes y seis, al tener antecedentes por drogas, serian mandados al Ferrol y a Cádiz.

Tras la hora de comer, Just me comento lo de los boinas verdes, lo tenía más que olvidado, aunque el tema me dio la noche. Él era una persona prudente, quizás hasta demasiado, sabia por experiencia que si él me decía algo era por mi bien, y pocas veces se equivocaba. En un momento dado le pregunte que podía, hacer, Pepe me dijo qué porque no me iba con él a Canarias, allí tendría lo que quisiera..., amigos no me iban a faltar, pero eso estaba muy lejos. Just, en ese momento me dijo que si me pedía voluntario a Canarias, Colet lo podrá arreglar. La cabeza me iba a cien, ¿cómo me iba a ir a Canarias, con lo lejos que estaba? Si iba, lo más seguro es que tardara en ver a la familia, si me quedaba en los boinas lo más seguro es que acabara mal. No soy fácil de convencer y me revientan muchas cosas. Estaba pasando de no querer hacer la mili, a entrar en ella a tope. Lo físico lo podría aguantar, aunque tuviera mucho que aprender, pero lo ideológico, no. Me dio miedo que lo que pensaba respecto a todo, allí me lo anularan. Eso fue lo que me hizo decidir, si para ello tenía que irme a Canarias..., pues me iba, temí que hicieran de mi lo que yo no quería ser.

Por la tarde hablamos con Colet sobre el tema y nos dijo que él lo solucionaría, no creía que hubiera ningún problema, ya que nadie si no era por un asunto especial, pedía ese destino. Allí eran bienvenidos los Peninsulares, los mandos casi todos eran de la península.

A la hora de comer, Just se fue a oficinas a ver a Colet y cuando volvió me dio la noticia de que lo mío estaba aprobado, me iba de voluntario a Canarias. Suspire, se acabó pensar más en ello, me iba lejos pero no me iba solo, Pepe se alegró al escucharlo, al igual que a Antonio.

Por la tarde, en la Cantina se lo comunicamos a los demás canarios con los que nos juntábamos y a todos les pareció bien, me felicitaron por ello. Siempre creí que fue lo mejor que pude hacer, y lo sigo creyendo. Desde el primer momento pensé que si me hubiera ido a los Boinas Verdes sus métodos me hubieran cambiado la vida, todos los días en tensión, te pueden cambiar muchas cosas. Nunca supe de verdad si me

cogieron o no, le oí decir al sargento que examinaba cuando llegaba a la meta, que yo tenía fondo. Nunca lo sabré.

El día de la jura de bandera, fue fiesta total. Vino mucha gente a ver a sus seres queridos. Creo recordar que vino la novia de Montoya con sus padres. Mi familia no pudo venir, el dinero y la distancia no se lo permitieron. No fui el único sin familia ese día, de los canarios no vino casi nadie, aunque algún familiar vino, pero de los que yo conocía no vino ninguno.

Al día siguiente cada uno salió hacia su destino. Nosotros íbamos en el tren donde iba la gente destinada a Cádiz, allí se encontraba la base de desembarcos más importante.

A Canarias íbamos setenta y siete canarios y cinco de la península. Iba un chaval de Barcelona a oficinas, su padre trabajaba allí y tenía enchufe en el cuartel, ya sabía su destino de antemano. Había otro de Huelva que su tío era el armero del cuartel, (un civil pero con mucho poder, nadie le puede negar nada a un armero, por si se ha de acudir a él). El tercero era de Madrid, les faltaba un fontanero para ese curso y lo cogieron a él, como iba a hacer de fontanero le dio igual la distancia si con ello apañaba la mili. Del otro no me acuerdo, paso a las oficinas de fuera del cuartel. Del catalán nunca supe en que trabajaba su padre pero no le faltó de nada en toda la mili, siempre sospecho que era un cargo de la policía, no llevábamos más de una semana allí y ya vino con una moto de las grandes, una pasa para su época.

Salimos por la tarde, la distancia hasta Cádiz no era de más de quinientos kilómetros, lo que no nos evitó pasar veinticuatro horas en el tren, con el impedimento de que no podíamos bajar en las estaciones. Fuimos casi todo el camino por vías muertas. En Albacete no nos dejaron bajar y desde el mismo tren le compre un machete a un hombre que los vendía desde el andén. Cuando pude ir a casa se lo regale a mi hermano. Me impresiono la cantidad de olivares de Jaén. Es un árbol que siempre me ha gustado, aunque odie las olivas. Me defraudo la Giralda y la torre del Oro. Me crie entre andaluces y siempre me habían hablado que era lo más grande del mundo. Cuando las vi, pensé que ellos sabían muy poco del mundo. El viaje se hizo muy largo aunque ninguno tenía prisa. Cuando llegamos nos indicaron una nave del edificio donde pasaríamos tres días. Una vez elegido cada uno su sitio, nos fuimos a cenar, la verdad era que hambre teníamos un rato.

Nos pusieron un pescado que era la rostita, una autentica porquería, el hambre pudo más y la mayoría se lo comió a disgusto, entre otras cosas porque no tenía gusto ninguno. Teníamos totalmente prohibido salir del cuartel, suerte que el cuartel era muy grande y que nadie se metía con nosotros. Aquellos tres días de espera nos aburrimos. Los que no tuvieron tiempo de aburrirse fueron los que iban a los boinas verdes, los vi salir muy temprano, alguno cargado a lo bestia. Al anochecer, cuando los vi llegar, no

se aguantaban de pie, iban todos al tropel y cada poco les mandaban cuerpo a tierra, no sin tirarles unas piedras para que no se aburrieran. Me dije a mi mismo de la que te has librado.

En aquel cuartel tenía su base el T.E.A.R, el cuerpo especial de desembarco. Cinco mil personas lo componían, según nos dijeron, de ahí que el cuartel fuera tan grande. La compañía que habitábamos estaba al tercer nivel de altura, el terrado estaba bastante alto, por la cantina se comentaba que cada año, de sus tejados se tiraban una media de diez personas y de ellas ninguna salía con vida. No sé si era una leyenda o nos querían acojonar, pero escuchando lo duro que lo pasaban algunos no les quedaba otra salida que dar el último salto desde allí arriba.

Al tercer día salimos para el puerto marítimo, para embarcar. No sabía lo lejos que estaba Canarias y no tenía muchos mapas a mano para comprobarlo. Tampoco sabía cuánto podíamos tardar.

El barco era de los mejores de aquella época, o eso nos dijeron, tenía piscinas y salas de baile, como de cine. De subir a las golondrinas (barcazas de recreo del puerto de Barcelona), a subir a aquel pedazo barco la diferencia era total, un auténtico lujo para nosotros.

Una vez que nos asignaron el camarote con cama para cuatro, nos instalamos y fuimos todos a ver la salida del barco por la borda, no teníamos de quien despedirnos pero allí estábamos la mayoría viendo como los pasajeros que subieron se despedían de los suyos.

Cuando salimos a mar abierto, la cosa cambio. Tenía como un pequeño mareo que no me esperaba, el mar me pareció muy grande, parece una tontería, pero no lo es, no es lo mismo ver el mar desde tierra que verte rodeado de él.

El barco hacía la ruta Barcelona-Canarias. Aquella noche pocos fuimos los que nos acostamos temprano, el cielo brillaba de forma diferente, estaba viendo un cielo que no conocía. Tenía recuerdos de la infancia sobre cielos estrellados, y los había visto alguna vez en las montañas, pero aquel cielo era demasiado grande, no había montañas que lo taparan, estábamos solos entre el cielo y el mar, aquello no era una película, era la realidad.

Amanecía cuando a lo lejos se veía un punto negro que decían que era una isla, no se equivocaron, era Tenerife, los canarios volvían a su hogar mientras yo me alejaba del mío. Vi a gente que la alegría les llenaba los ojos de lágrimas, la emoción era difícil de explicar, y lo que ellos sentían yo no lo sentiría hasta que volviera a mi casa. Atracamos en Puerto del Rosario. Una vez en el muelle la gente se desmadro, habían venido familias casi enteras a ver a su seres queridos, esposas, padres y hasta hijos y hermanos, se respiraba alegría por todas partes. Nos dieron tres horas para pasear por la isla, nos dejaron bajar a todo aquel que quisiera.

Por fin pisaba tierra firme tras unas treinta horas de barco. Nos dimos una vuelta por la ciudad y lo que más me sorprendió fue su mercado que se encontraba medio enterrado, aparte de la ensenada del puerto, las casas que nunca había visto y los árboles como arrugados por el viento, protegiéndose del mismo con sus raíces hacia arriba. Tras almorzar algo, Pepe me recordó que en las Palmas no hay tabaco Ducados y me compre unos paquetes, aunque no lo tenía claro, sabía que no se estaban quedando conmigo, pero tenía mis dudas, ¿cómo podía ser que en la tierra del tabaco no tuvieran Ducados? Más tarde me entere que el tabaco lo traía de Cáceres y allí lo secaban y envasaban. Yo, extremeño como soy, ni puta idea de eso.

Una vez en el barco, nos asomamos por la borda para ver la salida. Si en Cádiz me impresiono, allí lo hizo con más fuerza. Había mucha más gente, estábamos en las Islas Afortunadas, aunque poco o casi nada sabias de ellas. Lo mío es ir por la vida sin saber el porqué de las cosas, sin apenas pensar, dejándome llevar por los acontecimientos, en parte es mejor de esa forma, no tengo porque romperme la cabeza.

Cuando el barco llevaba no más de veinte metros navegando de marcha hacia su destino habiéndonos dejado en tierra, apareció un coche a toda ostia, descendieron varias personas y entre ellas uno de los nuestros. Se le había hecho tarde. Quizás al no estar acostumbrado a la libertad, el tiempo le paso más deprisa de lo acostumbrado. El barco no se detuvo y a todos algo se nos partió en el alma. Todos podíamos ser él, su cara era la nuestra, se acabaron las palabras por un momento, la pena nos embargó y voló sobre nuestras cabezas como buitres al acecho.

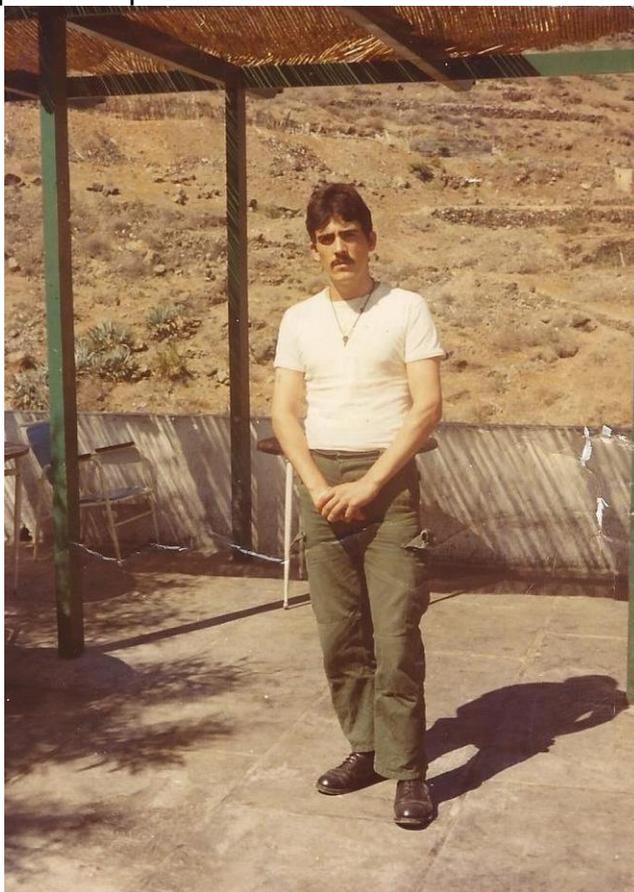
Llevábamos la vestimenta de invierno (azul), al acercarnos a puerto vimos que los que nos esperaban para llevarnos al cuartel llevaban la chaqueta de verano, (blanca).

Al mirar hacia un camión que se hallaba allí, había un grupo de los nuestros todos vestidos de blanco y alguno de azul, aquello no cuadraba, aquella persona no debía de estar allí. Alguien aclaro que era el que se quedó en tierra en Tenerife y todos nos dimos cuenta de que era él. Había cogido un avión y llego a puerto antes que nosotros, todos compartimos su alegría, aquel chaval se libró de una buena.

Desembarcamos sin pena ni gloria, por mi parte, por su parte mi amigo Pepe y Antonio como otros muchos más desembarcaron como queriéndose comer el mundo, allí había muchos familiares esperándoles, no recuerdo que hubiera mucho contacto, entre ellos, quizás porque como no me esperaba nadie, ni me fije.

Subimos a los camiones y la angustia se apodero de nosotros, éramos los novatos, eso significaba que esa noche no la íbamos a pasar muy bien, habíamos oído hablar de demasiadas historias de novatadas, ahora era el momento de sentirlas en vivo y en primera persona. El camión fue cruzando toda la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria hacia el corazón de la isla, subíamos hacia el pueblo de Pepe, (Tamaraceite) y

a los pocos kilómetros del mismo nos desviamos, empezamos a internarnos en una especie de garganta, vimos un control con barrera que se abrió nada más ver el primer camión. Nada más pasarla se oía el griterío de la gente que nos esperaba, llegaba carne fresca al matadero, el miedo se apodero hasta del más valiente, nadie sabía cuál iba a ser su destino quitando quizás a dos o tres como Manuel Chorro Agudo.



Al pasar la barrera de control, había una piscina que me pareció un paraíso en aquel lugar. Seguimos adelante hasta llegar al centro del cuartel. Nos mandaron bajar del camión y ponernos en fila, se nos puso al lado un sargento primero y pregunto si había alguien de la Península, yo conteste que era de Barcelona, respondí por instinto y rápidamente me separo de los demás.

Me quede separado de Pepe. Una vez que se formaron los grupos me subieron a la compañía de detrás, era la compañía de servicios. Entre de los primeros. Tras buscar

sitio por donde ponerme, me dirigí al fondo donde se encontraban los mosquetones colgados, gire a la izquierda y un chaval que había allí me pregunto de dónde era, le dije que de Barcelona, y me dijo que él también y que si quería podía quedarme allí. Le dije que buscaba la cama de abajo, ya que me daba miedo y me dijo que no me preocupara, que él dormiría arriba. Se llamaba Vicente López, estaba fuerte, aunque me llevaba solo cuatro meses parecía que me llevara varios años. Me sorprendió la cara de todos los veteranos, la diferencia de edad era mínima entre ellos, lo que no quitaba que pareciéramos niños al lado de cualquiera.

Pase todo el día con Vicente, él tenía ganas de hablar de Barcelona y yo más que él, su compañía me daba tranquilidad, aquellas historias de putas de mili no pasaron por mí, Vicente no era persona para que lo pudieran chulear.

Al día siguiente pude ver a Pepe. A él le toco la U.G (Unidad de Guardia), le toco lo peor que le podía tocar. Esa unidad era la encargada de todas las guardia, un día sí y otro descanso, bueno, lo de descanso era un decir por qué no paraban de hacer maniobras dentro del cuartel, eso si no doblaban las guardias, dos de guardia y uno de descanso.

El sargento primero se llamaba Basileo. Me llevo al almacén de obras y me dijo que me encargara de todo eso. Era una nave de unos cuarenta metros cuadrados junto a los talleres de vehículos de transporte. Tras el almacén se encontraba el terreno lleno de plataneras abandonadas, el ejército había comprado aquellos terrenos no hacía mucho tiempo. Me sorprendieron las plataneras, siempre creí que los plátanos se criaban en palmeras muy altas. Los tenía frente a mí y muchos de los plátanos me llegaban a la cintura. Otra de las cosas que me dejaron atontado era la situación del cuartel frente a las compañías, solo se veía un muro de más de ochenta metros de alto. Vi gente llorar nada más llegar y encontrarse con aquella barrera que a nadie vi subir ni bajar, no había huecos para ello, daba una sensación de cárcel bestial, la única salida era por la barrera de control, aunque si alguien se quería escapar lo podía hacer por las plataneras de al lado del almacén de obras.

La compañía de servicios, como su nombre indica, era la encargada del mantenimiento del cuartel. Éramos unos doscientos, nunca entendí el porqué, quitando a unos diez o quince que andaban por allí, los demás ni aparecían, todos tenía algo que hacer. No seríamos más de setecientos y pocos, doscientos cincuenta de la U.N.I.R, (unidad de intervención rápida), estos estaban todos los días haciendo maniobras dentro del cuartel, no se lo pasaban mal, tenían hasta pista americana, y saltaban de los camiones en marcha a veinte por hora con todo el equipo de desembarco completo, no se aburrían. La U.G no pasaría de los doscientos. Talleres estaba aparte de Servicios, eran los privilegiados, tenían que mimarlos, todo los mandos tenían coche, y en cualquier momento los podían necesitar, la compañía de

servicios los formaban: un cabo primero, los sargentos Villar-Villar y San José, el sargento primero Basilio Villar Prieto, un brigada y un subteniente, y al mando la estrella del cuartel el capitán Blanco. Villar –Villar, era muy especial, quizás demasiado. Se decía que fue destinado allí por pegarle a un soldado en el T.E.A.R, (Cádiz), allí estaba de mas, su mundo era el de los desembarcos y las maniobras, casi no tenía trato con sus compañeros, eso nos creaba un problema ya que cuando estaba de mala semana no paraba de tocar los huevos.

El sargento San José, era increíble, ni el mejor padre del mundo podría ser como él, no hacía mucho que había aprobado el examen de Sargento, se había pasado más de quince años de cabo primero y lo tenían que expulsar, por lo que decían que hicieron la vista gorda con él en el examen. Llevaba en su cintura su pistola privada, una pasada de pistola, no vi otra como la suya, con las cachas de nácar, y brillando más que el oro, de talla más bien pequeña. Lo que no quitaba que tuviera un corazón demasiado grande, no había nadie como él, aunque eso le creaba algún que otro problemilla. Más de tres veces, estando de sargento de guardia, les daba el alto a la gente los hacía tirarse al suelo tocando palmas, cosas de la gente de la U.G. Estaban tan puteados que lo pagaban con el que menos culpa tenía, igual que él.

Cada dos o tres meses veías en el cuadro de entrada a dos o tres que mandaban destinados a Coruña o Cádiz, el problema siempre era el mismo, por pillarlos harto de porros. Había veces que los que formaban la guardia eran dignos de ver, estaban casi todos medio colocados. Conociendo su faena se entendía como normal.

El sargento Basilio era muy especial todo el mundo lo respetaba, no supe por qué hasta mediados de mili. Villar Prieto, chulo hasta rabiar, su fortaleza física sobresalía sobre los demás, al igual que su bigote.

El brigada que teníamos iba de dandi, el peloteo que se traía con todos era hasta ridículo. El subteniente era una especie de padrecito, llevaba la cantina, y pocas cosas más, se decía que le dieron la cruz laureada de San Fernando, por su valor en combate, tenía el título de Usía, buena persona, aunque estaba allí para hacer negocio con la cantina.

El capitán Blanco era el no va más, se la sudaban todos, era Abogado, natural de Coruña, se decía que con contactos con la familia Franco, de ahí que pasara de todo, estaba en el ejército por estar, era el único oficial que trataba con todo el mundo, fue al único de los oficiales que vi varias veces en la cantina de suboficiales, los demás no se rebajaban tanto. Allí escuche por primera vez la palabra “Fantasma” a modo de insulto y me da que a muchos de aquellos mandos les iba que ni pintado.

El primer sábado nos dejaron salir. Teníamos de guardia a San José y al pasar revista me dijo que con aquellos zapatos no podía salir, me sentó fatal, él se dio cuenta al ver mi cara y me dijo que el teniente Chicharro no me iba a dejar salir con los

zapatos de esa forma. Señalándome la compañía de la U.N.I.R, me dijo que fuera allí, que a la entrada había una máquina de limpiar zapatos. Le hice caso y pude salir, sin problemas. El teniente Chicharro pertenecía a la UNIR, se tomaba muy en serio su trabajo, nadie tenía el pelo más corto que él, ni la vestimenta más en orden, sus guardias tenían hasta público. Cuando pasaba revista, había hasta apuesta por cuantos se cargaba, con un toque en la espalda te mandaba fuera de la fila, ni sus propios compañeros parecían tragarlo.

Ese sábado salimos juntos Manuel Chorro y yo. Nos dimos un paseo por el centro de las Palmas. Como no controlábamos mucho, fuimos toda la mañana y la tarde con la ropa de militar. Sobre las ocho y media vimos una bolera y no habiendo visto ninguna en la vida, nos dijimos de entrar a ver que se cocía. Decidimos jugar y lo primero que nos dijeron era que se tenía que jugar con bambas. Nos quitamos los zapatos y nos preparamos para jugar. Al verme con las bambas puestas y la ropa militar le comente a Chorro que como nos pillara la policía militar nos enchironaban y a continuación me quite la chaqueta. Chorro contesto "pues que les den, que sea lo que dios quiera". La gente no paraba de mirar, incluso oí decir a alguien lo que nos podría pasar si nos cogía la policía Militar, pero la Policía no apareció, los dioses debieron estar con nosotros. Me encanto aquel juego de los bolos, sobre todo los patinazos al tirar la bola, no se nos dio mal para no haber jugado nunca.

Tres semanas después salí para comer en casa de Pepe y de paso conocer a su familia. Su madre era muy especial, era guapa pese a su edad, lo que me decía que tuvo que ser muy guapa de joven, me llevo a tratar como a sus propios hijos, me lo hizo sentir con sus pequeños detalles, además que se le notaba en los ojos, unos ojos que nunca he olvidado. Una de las cosas por las que me gustaría volver a aquel lugar sería por poder ver esos ojos y aquella sonrisa. Se llamaba Paca y su otro hijo Paco. Al Padre lo vi unas dos veces ya que el trabajo lo tenía casi siempre fuera de casa. La novia de Pepe se llamaba Mari Carmen, (creo recordar). Una vez hechas las presentaciones, nos fuimos al bar que estaba enfrente de su casa, allí estaban esperándonos sus amigos para irnos a comer al campo. La comida consistiría principalmente en conejo. Conejos que cuando se juntaban para comer, al que le tocaba, los tenía que robar. Lo bueno era que se los robaban a ellos mismos entre sí, el que tenía que robarlos se iba a casa de cualquiera de los que se lo iban a comer y los cogía. Los conejos no eran muy grandes, no pasaban mucho del medio kilo en limpio, después vi muchos y la raza era de esa forma, no los había visto tan pequeños. Tras la comida que estuvo para mi gusto fenomenal, nos pusimos a beber Ron Arucas. No tarde en quedarme frito sobre un rincón de lo que parecía ser una especie de cueva. A las tres horas me desperté y me costó darme cuenta de donde estaba, vi la sonrisa en más de un rostro, no me moleste por ello, estábamos entre amigos, le podía pasar a

cualquiera, aunque en este caso me paso a mí, no estaba acostumbrado a aquel Ron, entraba muy bien, lo que no quitaba los grados de alcohol que llevaba. La verdad es que el conejo me gusto bastante, tanto, que años más tarde, casado y con hijos lo hacía sobre todo los domingos cuando mi familia se iba a la playa, entonces yo me escaqueaba a cambio de que cuando volvieran, estuvieran la comida y la mesa puesta.

Me llevaron de vuelta al cuartel en el coche del Xuxo, el primo de Pepe. Allí parecía que todo el mundo tenía coche, había muchos Datsun y Toyota, al ser puerto franco los precios eran asequibles quizás porque los podían comprar a plazos durante cinco o seis años.

En el almacén donde estaba destinado no había mucho trabajo por hacer, me pasaba la mañana leyendo alguna que otra chorrada y sin darme cuenta me fui metiendo en el grupo de privilegiados. No tenía que preocuparme por lavar la ropa, tenía allí a dos compañeros de curso que me lo hacían y me pasaba igual en el economato, el comedor y la cocina. Todos teníamos algo en común y eran los medios para poder sobrevivir al menor coste. En ese grupo cerrado se intercambiaban muchas cosas, gracias en parte a los superiores. A mí, por ejemplo, me pedía dos sacos de cemento o pintura el sargento de cocina y con ello tenía carta blanca para ir a la cocina a deshoras y pedirle cualquier cosa al que hubiera por allí, en otras palabras pertenecía a la Mafia del cuartel, era uno de los intocables, acabe llevando el pelo más largo que nadie, la gorra casi nunca salía del bolsillo del pantalón, ni los mandos de otras compañías me dijeron nunca nada por ello, nunca sabían cuándo podrían acudir a mí, tenía en aquel almacén alguna que otra cosa que podían necesitar como unas cuantas mantas para cualquier traslado, etc... No llevaría ni un mes y medio y ya me puso mote el sargento Basilio que era el responsable del almacén. No sé si acertó con el mote pero se podía dar por bueno, me puso "Geta" y así, con ese mote, acabe la mili, pocos supieron cómo me llamaba de verdad.

Con Vicente mi compañero de litera me llevaba de muerte, jamás tuvimos la más mínima discusión, era de profesión carpintero. Desde el primer día que llego paso a tener la misión más delicada del cuartel, su misión consistía en hacerle al Sargento de transportes un mueble para el comedor de su casa. Se pasó toda su mili con aquel comedor, lo construyo en un almacén al lado del mío y a la hora de almorzar, pasaba a buscarlo sobre todo al final. Él era hijo único, de madre separada o viuda, no le pudo mandar más que dos envíos de dinero y los dos fueron de quinientas pesetas, le sabia mal pedir algo o que le invitaran, puesto que él no podía responder, eso hacía que no saliera casi del cuartel.



Tenía en la compañía un compañero de curso, Huelva le llamábamos, mas pillo que él imposible, sabía sobrevivir y se desenvolvía por todo lo más chungo posible.

Como él había tres o cuatro más, a cada cual más increíble, el sastre era uno de ellos. No tenía ni idea de ropa, pero se las apaño para tenerla. Nunca les pregunte como se lo hacían, pero por norma volvían muchas veces al cuartel con algún que otro, bocadillo para Vicente acompañado con alguno de sus porrillos, entonces, tras sonar Silencio, nos lo comíamos en la puerta de la compañía controlando las escaleras no fuera que el sargento o el oficial de guardia nos pudiera joder. Con los imaginarias no teníamos problemas, éramos compañeros, había muy buen rollo, tanto que cuando vinieron los nuevos, a nadie de ellos se puteo. Sipi y yo, tras pegarle las primeras caladas a un porro en mi vida, nos pusimos por la noche a pintar a unos cuantos veteranos, y tras ello no se volvieron a gastar putadas a nadie, quisimos con aquello decir que no se iban a ir de rositas los listo de las puntadillas.

La vida iba desarrollándose lo más placentera para mí, tenía buen rollo con la gente, hasta con los suboficiales, sin embargo Pepe las pasaba moradas, más de una vez salí con Antonio Medina a varios pueblos cercanos. Uno de ellos era especial, estaba en el norte de la isla, el pueblo era Agaete. Antonio tenía allí familia. El día que fuimos por primera vez estaban de fiesta y para no ser menos nos unimos a ella. A la hora de irnos, uno de sus parientes se tiro al mar dentro del mismo puerto y en menos de cinco minutos nos sacó unas centollas para que nos las lleváramos. Allí había pesca para rato, no estaba acostumbrado a aquello. Alguien dijo: “si coges siempre lo que te vas a comer, el mar siempre te alimentara” y aquello se me quedo grabado.

A los dos meses llegaron los nuevos conductores junto con el tercer curso, con ellos vino Juan el de Tarrasa, con unos diez más. Habían estado casi dos meses en Cádiz haciendo el curso de conductores. Por la tarde una vez se habían instalado, nos juntamos en la cantina con ellos, nos pedimos lo típico, cubata de litro por cabeza. Pedíamos una botella de litro de Coca-Cola, de ella tiraban una cuarta parte y la rellenaban con ron Arucas. Juan no paraba de llorar viendo aquellas paredes, que parecía perderse entre las estrellas, no fue el único a quien se le escaparon las lágrimas, costaba acostumbrarse a aquellos muros, te quitaban libertad.

Por esa época entro de jefe de cocina un sargento primero, aunque no comíamos mal con él pudimos comer mucho mejor. El hombre tendría su beneficio, pero no por ello era avaricioso. Teníamos la suerte de tener a un jefe civil de cocina, quien dejaba a su aire a la gente que tenía trabajando con él. Manolo, (de Tenerife), siendo de mi curso, era el que más sabia de cocina, trabajaba de segundo en uno de los mejores hoteles de Tenerife, más tarde se le uniría un tal Vicente de Valencia, más de uno se dio cuenta de que era especial, tan especial que todo el mundo le respeto desde el primer día. Podías contar con él siempre que te hiciera falta, le ponía un animo a todo que te

contagiaba, sabía un montón de cocina, todos los que trabajaban en cocina provenía de hoteles y restaurantes, solo me jodía una cosa de ellos y era que tras la cena los tíos se metían una cena de la hostia día sí y día también, las tardes eran de cantina total.

Un día apareció por el almacén el Sargento Basilio con el aparejador y el Arquitecto. Perteneían a oficinas, por lo que tenían la base encima de la entrada, junto a la carretera que bordeaba el cuartel. Habían atrasado la mili mediante prorrogas hasta acabar la carrera. Hicimos un pequeño inventario visual de lo que allí había y aprovechando la ocasión les pregunte para que era aquello, me dijeron que iban a montar una compañía nueva junto a la piscina en un mes a partir del día siguiente. Si lo conseguían, les darían un mes de permiso, yo me apunte rápidamente, pero Basilio dijo que no me pertenecía ese trabajo, pero ellos dijeron que me apuntaban en la lista y si pasa, pasa. Les debí de caer bien. Basilio no dijo nada, hasta le pareció bien, tras aquel cuerpo se escondía un buenazo, casi tanto como San José.

La operación consistía en montar una compañía prefabricada que se trajo del Sahara español tras la marcha verde Marroquí, conocí a algunos de los que estuvieron allí, pasaban de todo, contaban que habían visto llorar a demasiados de los mandos, que habían estado con ellos de refuerzo, eran padres en su mayoría, y aquella marcha verde pintaba muy mal, decían que se quejaban de los cetmes que tenían para poder defenderse, eran viejos y fallaban bastante, les dijeron que no se preocuparan, que si se disparaba un solo tiro, antes de meterse en batalla tendrían en su manos uno nuevo de trinca, nadie lo dudo. Contaban que por el día tenían más de cuarenta grados y por la noche podían tener menos cinco. No era el frio de la noche lo que más les jodía, era la oscuridad que producía, más de uno supo de verdad lo que era el miedo, en cualquier momento podía venir un Moro y rebanarles el cuello. Los suboficiales que estuvieron lo sufrieron hasta más que ellos, de ahí que les dejaran hacer. Un día nos reunieron a todos y condecoraron a diez que ya se encontraban licenciados. Aquellas personas se encargaron de desenterrar a los muertos para su traslado del Sahara a sus destinos, le echaron un par de huevos.

Toda la compañía tenía destino, lo que no se es como se las apañaron para acabar aquel montaje. Basilio, aunque nos llevábamos bien, no paraba de tocar los cojones con que si me llevo esto o me llevo aquello, la gran mayoría de las veces no era para él. Una mañana, a punto de irme a almorzar con Vicente, apareció y me pidió un bote de barniz para unos muebles, cogí uno y no le gustaba el color, al final le di uno que estaba en inglés para que me dejara tranquilo. Me pregunto si ese era un buen barniz y yo, ni corto ni perezoso, le conteste que era el mejor, ¿o acaso no veía que estaba en inglés? A los dos días me vino todo cabreado preguntándome qué coño le había dado. Resulto ser un quita pinturas de muebles. Como no sabía que castigo ponerme me dijo

que ya podía irme de allí. Siempre pensé que el que uso aquello que parecía barniz, liaría una buena, si no él no se habría puesto de aquella manera, o sea que la culpa se podría repartir.

Se me acabo el chollo. Por la mañana el cabo Furriel me dijo que estaba en la lista de los que se iban un mes de permiso por haber acabado de montar la compañía tres días antes del mes. Allí se instalaría la U.G, faltaba unos diez días para ello. Basilio a media mañana me dio la noticia que me iba a la base de Marinería. Pregunté a qué iba, y me dijo a montar con otros seis una cantina de oficiales. No le dije nada del permiso, no fuera que me lo jodiera. Cogí mi petate y me fui con ellos. En la base pase diez días durmiendo con los marineros. Cabríamos más de doscientos en aquella compañía, pero solo vivíamos en ella unos cuarenta. Estuve picando regatas cinco días, me dejaron las manos temblando ya que había agujerear sobre hormigón, los otros estaba acostumbrados a ello, pero mi cuerpo y mis manos no. No lo pasamos mal, los marineros eran unos tíos cojonudos. Allí a los oficiales los trataban de tu a tu, no nos faltaba de nada, lo único que me jodía era que esa nave daba a los jardines de la residencia de oficiales donde paseaban algunas chavalas demasiados altivas, en sus miradas solo se veía desprecio, a más de una la hubieran mandado a hacer puñetas, puesto que parecía que se cachondeaban de nosotros.

Al final de semana apareció mi amigo Just por allí, venía escoltando a la nueva remesa de soldados. Estuvimos todo el día de compras, venía con un montón de encargos, como a la vuelta no tenía que pasar la aduana, aprovechaba para comprar. Estaban de moda las calculadoras, se llevó unas cuantas, relojes y radios, allí estaba todo barato, desde el alcohol a los cigarrillos. Por la noche nos fuimos de parranda. Llegamos al cuartel a las cuatro de la mañana, él tenía permiso para llegar cuando quisiera, pero yo no. No me preocupe ni por el permiso que estaba a punto de coger. Just insistía en llegar al cuartel a las diez para que no me jodieran, pero a mí me la sudaba, valía la pena cualquier castigo a cambio de pasar unas horas de juerga con un amigo. Al llegar al cuartel, en la misma entrada estaban los calabozos y allí fui a parar. Just pasó a despedirse por la mañana y le dije que no se preocupara por mí. La despedida fue algo triste, pero valió la pena el haber pasado unas horas juntos.

Solo pase el domingo arrestado, me necesitaban para trabajar. Fue mi primer arresto y lo supe asimilar muy bien. Estaba demasiado lejos de mi casa para que me pudieran preocupar los castigos, aunque con ese me la jugué, me podían haber dejado sin permiso, pero como pertenecía a otro cuartel, se olvidaron de mí. El miércoles me fui de permiso. Compre lo poco que pude, tabaco, bebidas alcohólicas, algo de ropa para mis hermanas, y algunas cosillas más. Me llevo al aeropuerto Antonio o Pepe, no lo recuerdo muy bien, pero fue uno de los dos.

El viaje se me hizo largo. No había subido nunca a un avión y fueron casi tres horas de vuelo. Eso eran muchas horas para mí que odio viajar. No he vuelto a Canarias en parte por ello, y en parte porque Blanca, (mi mujer), tiene horror a volar.

Al llegar a Barcelona tras casi tres horas de vuelo nos hicieron pasar por la aduana. Al llegar al mostrador ya estaban abriéndome las maletas y bolsos a la gente que iba delante de mí, no se escapaba ni uno. Había dos filas frente a frente, separadas por un mostrador. Mi fila avanzó más de prisa que la de enfrente, tenían a muchas personas con cosas sobre el mostrador. Cuando me tocó a mí me di cuenta que enfrente tenía a un Marinero con una cara de pena como pocas veces he visto, tenía el petate vacío y el mostrador lleno de cosas, el chaval se debió creer que no lo pararían por ser militar y se equivocó. El guardia civil que me tocó me dijo que abriera el petate, lo puse sobre la mesa y le dije que no tenía la llave del candado, me respondió que tenía que abrirlo e todas formas, no podía pasar con él. Vi a mis padres tras la cristalera, y le dije que lo abriera como pudiese, que yo me iba a saludar a los míos, que llevaba casi tres meses sin verlos. Me hizo esperar un momento y empezó a tocar el petate que llevaba casi lleno y tras ello me dijo que ya me podía marchar, me toqué el cuello mientras salía y allí seguía la llave del candado que no saque.

Tras pasar un mes en compañía de mi familia, me tocó volver. Me salía casi más barato pasar una semana de vacaciones en un hotel con vuelos incluidos, (quince mil doscientas pesetas), que volar solo de ida, (dieciséis mil cuatrocientas). Volar en Iberia era carísimo.

Al llegar en autocar a la Plaza Santa Catalina, me dio por entrar en un bar donde acostumbraba a ir, era medio cutre, pero tenía las tapas auténticas del país.

Había un conocido allí y me senté con él. Mientras cenábamos me comentó que esa noche peleaba Perico Fernández. Me encantaba el Boxeo por esa época. A Perico lo había jodido un tailandés el año anterior y tiro la toalla en el sexto asalto más o menos debido al calor que hacía. Aquel combate no me lo iba a perder, además, nadie me esperaba en el cuartel, ni siquiera el Sargento Basilio. Siempre he creído que si me hubiera quedado en mi casa, ni Dios se hubiera dado cuenta. El combate no duró mucho, un asalto o dos. Cuando terminé, sin prisas, me fui al cuartel. Me dejó el taxi en la entrada sobre las tres. Al pasar el control, se me acercó un jeep y se paró junto a mí, y sin bajarse del coche, el Capitán Ortiz que iba de copiloto, me preguntó de donde venía. Yo le contesté que de Barcelona y que llegaba a esas horas ya que el vuelo se había retrasado.

Tenía que llegar a las ocho y media, pero no fue así. Me castigó con diez días de arresto y cinco imaginarias. Estuve de acuerdo, ¿qué le podía decir?, aparte que me caía fatal, era chulo hasta rabiar. Siempre iba con dos o tres soldados a su lado para chulearse más. Tras el saludo, me preguntó si sabía porque me arrestaba, yo creí

conveniente contestarle que suponía que era por llegar tarde, (era lo normal), pues no..., me arresto por mentirle. Esa noche él estaba de oficial de guardia y tuvo que pedirle a su cuñado que fuese a buscar a su mujer al aeropuerto. Su mujer venía de Barcelona en el mismo vuelo que yo, y ella no sufrió ningún retraso, a las nueve y media llegaba a su casa. En un intento desesperado de redención, solo pude decirle que me había quedado a ver el boxeo y esa era la razón por la que llegaba tarde. Me contesto que si la historia hubiese empezado por ahí, las cosas hubiesen cambiado, pero por listo me arrestó diez días. No acostumbro a mentir, aunque me jodan las consecuencias, pero quizás porque me caía gordo caí en ese error.

Tras tocar diana me fui al comedor a desayunar. El sargento Basilio al verme me pregunto extrañado que hacía por allí si estaba en la base naval. Tuve que explicarle que me había suplido un compañero al irme de permiso. Llamo a la base y se lo confirmaron. Aquel no era mal destino y más entonces que las regatas ya tenían que estar acabadas, si me volvía a mandar allí no iba a estar mal. Después de irse todo el mundo hacia sus destinos, yo fui a ver al cabo Furriel, que tenía su base en la parte de atrás de talleres. Estaba contándole lo del arresto para que él me pusiera las imaginarias cuando llego Basilio. Cuando se enteró porque estaba allí, me pidió que lo acompañara, ese día estaba de buen humor. Subimos para arriba y me llevo a la cantina de suboficiales. Me pregunto si estaba familiarizado con todo lo de una cantina y yo le conteste que había estado en un bar desde los nueve a los trece años, por lo que algo sabía, no hubo más que hablar, ya tenía destino, camarero de suboficiales.

Ese mismo día ya empecé mi función de camarero. Me habían llamado para servir a la patria, hasta la última gota de sangre, y resulto que solo estaba allí para servir a los suboficiales. De allí saldría, (como decían los viejos), hecho un tío, ¡lo que iba a aprender allí sirviendo a esa gente...! Basilio me lo pinto bien, podría tener permiso dos semanas cada mes y medio y solo tendría que dedicarme a la cantina. Los tres que se encargaban de ello antes que yo se marcharon al día siguiente y me dejaron solo. Las pase algo putas durante unos días, pero tuve la compresión de los Suboficiales. Ellos mismo se dieron cuenta que no podía ser que estuviera allí solo cuando antes lo llevaban entre tres. El Capitán Blanco, responsable de Servicios, era un pasota total. Al respetar todos a Basilio, la cosa se quedada como estaba. Yo no estaba solo ante el peligro, pero casi. A las dos semanas, Basilio consiguió que metieran a uno de Huelva, cuyo tío era el armero. No recuerdo su nombre, aunque no me lleve mal con él, éramos del mismo curso pero teníamos compañeros y amigos diferentes, tampoco podíamos salir juntos, ya que siempre tenía que quedarse uno. No lo pase mal allí. El sargento de cocina era una gran persona. Cuando venía a tomar café cada día me recordaba que pasara a por bistecs que en teoría eran para los que estaban de guardia, aproximadamente unos seis, pero por norma siempre había dos demás. Allí me pique a

los bocatas de ternera, al igual que me aficioné a los de berberechos con sus salsita en el pan en Cartagena, además siempre sobraba de todo. Teníamos grandes cocineros, por lo que los suboficiales de guardia iban bien comidos. Allí me hacía unos bocatas riquísimos que nos comíamos Vicente y yo en la cantina.

Un día estando allí, oímos unos gritos procedentes de la pista Americana. Fuimos a ver qué ocurría y desde arriba vimos como intentaban ayudar a un chaval que estaba dando gritos de dolor. El chaval, al subir hasta el final de la rampa, se agarró a la cuerda y resbalo con la mala suerte de que el anillo que llevaba se incrusto en la cuerda y le arranco el dedo de golpe. Desde entonces, al entrar en la Pista Americana, siempre te decían que había que quitárselo todo, anillos, relojes pulseras, cadenas e incluso hasta la llave del candado de la taquilla que llevábamos al cuello.

Me hice un fenómeno haciendo tortillas francesas y huevos fritos, las de patatas me las hacía para los amigos de seis u ocho huevos, le metía de todo, chorizo, jamón, pimientos, tomates, lo que tuviera a mano, me salían unas tortillas de la hostia.

Con los suboficiales no tenía muchos problemas, aunque alguno me tenía más que ganas. Alguna bronca vi entre ellos, casi siempre anulada por el Sargento primero Basilio. Villar –Prieto iba de subido, era una bestia de tío y se aprovechaba de ello para imponer su opinión. Estaban también los sargentos de Milicias, teníamos cuatro, eran gente como nosotros que al hacer carrera habían salido de sargentos. Al principio pasaba de ellos como de todos, pero poco a poco esos sargentos me hablaban con tanto respeto que todas las cosas me las pedían por favor, mientras la mayoría de los otras era “Geta” ponme esto o aquello. Cogí bastante amistad con ellos. Tres eran gallegos y tenían la carrera de magistratura, uno de ellos se llamaba Breixo, una gran persona, no hablaba por no molestar, acabe sirviéndoles los primeros. Alguno de los demás me lo echo en cara, pero a mí me la sudaba, siempre tenía la misma respuesta: “No me he dado cuenta”. A ellos no les interesaba mucho meterse conmigo.

Había pasado todo el fin de semana malo, por ello, el lunes tras tocar diana seguía en la cama. No tardó mucho el suboficial de guardia en aparecer. El saliente ya le había dicho como había pasado el fin de semana, pero la realidad era que me necesitaban en la sala de suboficiales. El sargento semana me dijo que ya me podía levantar, me encontraba bastante bien, de ahí que no entrara en discusión. Cuando llegue, mi compañero Huelva estaba más que liado. En parte me levante más por él que por todos los suboficiales.

Me di cuenta en seguida que me había venido a buscar al escuchar alguna que otra queja de los suyos. Vi que el brigada, (el dandi del brigada), le decía algo. Levanto su vozarrón sobre todas las voces mientras se levantaba y se venía hacia mí, y me dijo: “Apúntate dos imaginarias”. Yo lo mire y seguí a lo mío, se hizo el silencio no sé si por no responder, o por darle la espalda. Entonces me recrimino si le había escuchado y yo

ni corto ni perezoso le conteste que si lo había oído y que me la sudaba. Como no le agrado la respuesta, me cayeron cuatro imaginarias, a lo que conteste que me la seguía sudando. Ya lleno de rabia, me dijo: “Pues por chulo, que sean seis”, yo me volví hacia él y le dije: “ahora sí que me la acaba de sudar”. A sabiendas que ya no podía castigarme más, se quedó mudo. Sabía que para meterme más tenía que pedir permiso al capitán y al capitán no es que le hiciera mucha gracia su fanfarronería. Las cumplí más a gusto que la hostia, total tampoco tenía mucho que hacer, aquel suboficial no era otro que Villar-Prieto.

Cuando estaba de sargento semana Villar –Villar se notaba que le aburría su propia soledad. Era un hombre de acción y para salir de ella, poco antes de tocar silencio, le daba por contar a la gente de la compañía, aquello no era más que para tocar los huevos. Cuando estábamos en la cama a punto de apagar la luz, llegaba el cabo y nos hacía formar todos, ya que el sargento Villar-Villar, tenía que pasar lista. Uno de esos días estaba más que hartos y llegue el último. El sargento se encontraba vigilando todas las filas a tres metros de ella en el centro, yo me puse nada más comenzar la fila. Señalando la otra punta con el dedo me dijo que pasara al final de prisa. Mientras iba hacia allí, me repitió que me diera prisa que no teníamos toda la noche. Yo estaba bastante harto de sus exigencias y acelere lo que pude en el paso. Cuando llegue a su altura, me grito: “¡que corras, coño!”. Entonces y para regodeo del personal, me dio por correr en plan mariquita. Ya estaba llegando al final de la fila entre las risas de mis compañeros, cuando alguno me dio la alerta mirando hacia atrás, me di la vuelta y vi como se acercaba el sargento furioso hacia mí. Me gire de golpe, al tiempo que con su mano derecha lanzaba un puñetazo contra mi rostro, agache la cabeza al tiempo que con mi mano derecha lo frenaba de golpe. Aquello no se lo esperaba, solo pudo decir “firmes”. Yo le conteste que firme sí, pero con las manos quietas. Él no sabía cómo reaccionar delante de toda la compañía, con habla temblorosa me señaló el puesto de guardia para que me pusiera a hacer flexiones. Pase por su lado y me puse a hacer flexiones en vertical. Cuando paso lista y todos se marcharon, se me acerco y me dijo: “ya te puedes ir. ¿Cuántas flexiones has hecho?”, le respondí iba por doscientas una. Desde entonces, nunca jamás tuve ningún problema con él, no recuerdo que se pusiera a contar la compañía ningún día más. No nos caíamos mal, fue mi forma de correr lo que le saco de sus casillas, su forma de ser podía llegar a malas interpretaciones y al correr de aquella manera le trastorno porque él sabía que la gente lo podía mal entender, quizás hasta pensó que no se le comprendía por culpa de sus gestos y andares, nunca me lo planteo, pienso que cada cual ha de ser lo que es.

Un buen día, al poco de estar de camarero en la sala de suboficiales, apareció por allí, como otras veces, el capitán Blanco, se sentía más a gusto entre los suboficiales que entre los fantasmas de los mandos. Un día me toco servir allí y por ello se porque

lo digo, solo faltaba limpiarles los pies. Alguien le pregunto al capitán como lo llevaba con los pescadores del pueblo donde vivía. Les explico que no paraba de arreglarle papeles a uno y a otro sin cobrarles a muchos y a otros lo menos, eran un buen abogado y al mismo tiempo un buen tío, eso sí pasota como él solo. En un momento dado dijo que lo que le jodía era que el salitre del mar le fastidiaba los ventanales de madera y que se los iba a poner de aluminio. Estaba buscando a alguien para ello. En ese momento se me iluminaron las bombillas y sin pensármelo dos veces le dije: “mi capitán, tengo un amigo aquí que se dedica a montar ventanas de aluminio”, todos se quedaron parados por mi intromisión. El capitán me pregunto quién era y le dije que había un pequeño problema puesto que pertenecía a la U.G. Sin pensárselo me pidió que fuese a buscarlo. Yo le conteste que en ese momento estaba de guardia, entonces me dijo que le dijera al furrier que iba de su parte y que lo sustituyeran. Lo quería ahí ya. No tarde más de cinco minutos en encontrar a Pepe en su compañía, le dije que mi capitán quería hablar con él, le explique para que y nos fuimos a verle. El capitán le dijo lo que quería hacer y al decirle Pepe que él lo podía hacer, quedaron de acuerdo en ese momento, le dijo: “que te pasen a la compañía de servicios y mañana empiezas en mi casa”. De los detalles no me entere, pero a Pepe solo lo volví a ver por el cuartel para hacer refuerzos algún que otro sábado. Pepe fue a servir a la patria pero al poco de empezar, solo sirvió al Capitán Blanco. Al igual que a mí, en su cartilla militar, le pondrá lo que a mí en el apartado de “Valor”: Se le supone.

Pepe aparecía por el cuartel para hacer refuerzo y casi se escondía de mí, siempre le decía, que llamara por teléfono, pero le sabía mal. Como todos los que dormían en sus casas, los refuerzos los hacían los sábados y domingos. Consistía en hacer la ronda sobre los puestos de guardias. A mí no me importaba hacérselo, no tenía nada que hacer, además no estaban mal las noches, eran preciosas, y siempre íbamos bien preparados para lo que hiciera falta. Llegábamos a los puestos de guardia y compartíamos lo que pudiéramos llevar con la gente de los puestos, como con los de la casa de la montaña, aunque esos siempre tenían de todo. No me disgustaba, daba gusto andar por esos sitios de noche.

Él brigada Lage era el pelota de la compañía, por no decir de todo el cuartel. ¡Menudo era el amigo!, mas rastrero imposible, de ahí que no nos lleváramos muy bien, nunca he podido con esta gente desde que iba al colegio. Algunos días de la semana, la UNIR subían por las mañanas a hacer maniobras en las montañas de detrás del cuartel, no sé cómo me lo monte, pero acabe yendo con ellos de maniobras un lunes. Aquel día, de la cantina y las bebidas se encargaba el brigada Lage, no sé si era lo habitual ya que no me preocupe por ello. Subí como uno más las montañas, que no eran muy grandes por cierto, recogí la comida como uno más y me puse a comer entre los amigos. De lejos vi al Brigada Lage que se movía entre los mandos. Seguí

comiendo mientras los mandos ni habían empezado, les faltaba gente para que les sirvieran. Me entere que el amigo les dijo que traía a otro para servirles, me había visto por allí y lo primero que pensó fue esto me lo soluciona él Geta, me avisaron de ello y desaparecí. No fue difícil, era la hora del descanso, solo tuve que ponerme el casco tapándome la cabeza como muchos otros más y asunto resuelto. El problema vino a la hora de formar, ahí no me podía escaquear. Se vino para mí y todo cabreado me dijo que donde estaba, le respondí con la tropa, a continuación me dijo que me estaban buscando, solo le pregunte. ¿para qué?, y el tío cabreado me dice: “para lo que hiciera falta, ¿qué te crees tú?. Yo le dije que no lo había oído. Ahí fue donde me empezó a alzar la voz y ahí me toco los huevos, no pude más y le dije: “mi brigada, he venido con la tropa porque he querido ver esto, nadie me ha mandado a ello, así que si me he pateado las montañas no es para que me ponga a servir a nadie, ¿lo entiende?”. Me respondió que me quedaba allí a recoger, había pedido permiso al capitán Ortiz y estaba de acuerdo. Vi cómo se iban marchando los demás, mientras ayudaba a recoger la cocina. A la vuelta era todo bajada y por culpa de aquel impresentable me la perdía. Antes de terminar de recoger todo nos dijo a tres: “ir recogiendo todas las botellas de cervezas”. Para hacerlo más fácil las fui acercando todas a patadas hasta que se rompió una, entonces se vino para mí como un poseso, levanto la mano hacia mí y le dije: “ni se le ocurra”, su respuesta fue “firmes” al tiempo que ponía la mano con intención de sacar la pistola. “Firmes, pero esa mano quieta”, ahí lo descoloque, me conocía de sobras de ahí que apartara la mano de la pistola, yo me puse firme, y le dije: “yo no he venido aquí a ayudarte en tus negocios particulares, por lo que no me cabree más”, me mando al camión mientras me decía: “te vas a enterar cuando lleguemos, voy a hablar con el capitán sobre esto”, no le hice ni caso. Volví al cuartel en el camión de avituallamiento, una vez allí tras ducharme me dijeron que habían visto al brigada ir al despacho del Capitán Blanco, me lo encontré mientras bajaba las escaleras de la compañía, me dijo: “he hablado con el capitán y me ha dicho que te ponga dos imaginarias de arresto”, le dije que me daba igual. Le dije: “¿Quiere que hable yo con él y le diga que fui voluntario a esa maniobra para no a sacarles las castañas del fuego?, él señor se dio media vuelta y se fue, allí acabo toda esa historia, sabía que el capitán no le haría mucho caso, era más chulo que él y ya se sabe que a un chulo lo que más le jode es otro chulo y encima si es un pelota total.

Me aficiono a eso de las marchas ya que tenía que estar allí pues lo mejor era ver aquello y por medio de ellas vi casi toda la isla.

Dormir en el suelo dentro de las tiendas de campaña me recordaban a mi juventud cuando subía con mis amigos a las montañas, no me hizo dejar de ir, el faenón que me di la primera vez, iba solo para todos ellos, cuando los oficiales aun siendo menos de la mitad de ellos, llevaban a tres camareros para que les sirvieran, se pasaron un poco

conmigo, tanto que hasta se dieron cuenta, quizás por ello podía decir más de una cosa, no era solo por eso pero era un tanto más a mi favor,



Antes de irme de permiso, cogimos un apartamento entre la gente de mi curso, siendo ellos todos conductores. En total éramos nueve. Hasta entonces nos cambiábamos en unas casas que estaban preparadas para ello, allí había un montón de perchas, donde te guardaban la ropa por poco precio. Al salir, ibas hacia allí con una bolsa de deporte con la ropa de calle, te cambiabas y problema resuelto, no estaba mal pero no tenías libertad. Nosotros nos cogimos un ático junto a la playa de “las Canteras”. El edificio era todo de apartamentos. En el habitaban todos los cuerpos de ejército que había en la isla. La vecina que teníamos, (jamona ella), era portuguesa y artista de cabaret. No tenía mucho más de veintitrés años y un perro, (al que llamaba Milu), al que siempre nos encontrábamos en nuestro apartamento, pasaba por un agujero que nunca quisimos tapar, así, de esa forma, tenía que venir ella a buscarlo por la terraza. Había uno de Reus que vivía en Tarragona con dos mujeres de la vida, ese se las sabía todas. Un día se sacó su instrumento y el perro se puso a tocarlo a base de lengüetazos, según él, el perro era un fenómeno.

Con quien salía muy a menudo era con Julio y David. Julio era de Valencia y David de Barcelona, los conocí por medio de Juan (el de Tarrasa), que hizo el curso de conductor con ellos. Una tarde yendo los tres por el paseo de las Canteras, nos cruzamos con tres chavalas, el cruce de miradas fue mutuo, por lo que decidimos ir tras ellas. Al rato se pararon y nos pusimos a hablar con ellas, las invitamos a tomar algo y les pareció perfecto. En momentos como este no sabes con quien te vas a liar, pero acabas liándote, nadie eligió, no tuvimos tiempo. A mí me tocó la más alta, quizás porque yo era el más alto entre nosotros. Ellas eran dos hermanas y una amiga que celebraba su cumpleaños ese día. Las tres estaban de buen ver. La mía, cuyo nombre no recuerdo, tenía un tipazo de la hostia. Nos fuimos a un bar musical, allí entre baile y baile, unimos nuestros labios en un beso sin fin, pero no fui el único, mis amigos no perdían el tiempo. Pero a mí algo no me cuadraba, aquello no estaba bien, tenía novia en Barcelona esperándome. Además había algo que no era normal, yo le había preguntado la edad a ella y no me la quiso decir. La que estaba con David tenía veintiuno y su hermana que estaba con Julio dieciocho. Yo le insistí sobre su edad y tras unos momentos de dudas, me dijo que ese mismo día había cumplido catorce años, me quede bloqueado, no podía ser. Se me vino a la cabeza mi historia con Obdulia, a quien le llevaba casi cinco años y lo mal que lo pase con ella. Por norma nunca me liaba con gente menor que yo, no lo veía correcto. Obdulia fue una excepción, unos meses y hasta un año o dos se puede entender, pero más edad, no me lo planteaba, pero allí estaba con ella, con catorce años recién estrenados y yo con veintiuno, le sacaba siete años. No hubo más que aquel beso entre nosotros, me aparte de ella y creo que hasta me entendió. Mis amigos siguieron con las dos hermanas, por lo menos uno de ellos, estuvo un tiempo con la más mayor, el novio de ella estaba haciendo la mili en Tenerife y alguna que otra vez hablábamos mientras esperábamos a mi amigo. Quedamos todos como amigos desde el primer día. Cuando me encontraba de permiso, me mandó una carta a mi casa, en ella me decía que su amiga, (aquella que estaba con mi amigo), se casaba con su novio, y que estaba invitado a la boda. Me pareció bien y en primer momento acepte la invitación, no sé el porqué de aquello, será por instinto que me meto en todos los "fregaos". Al llegar fui directamente a ver a mi amigo, una persona tan pasota como yo o más, se había cargado el coche anfibio que conducía y se pasó el resto de la mili sin encontrar su lugar dentro de su compañía. Le conté lo de la carta y que se casaba aquella chavala que se ligó. Se alegró por ella, pero nos pareció una boda demasiado precipitada, ya que su novio llevaba poco más de un mes licenciado y ya se casaban, siempre nos quedó la duda si se casó embarazada.

La boda fue bonita y emotiva, como muchas otras. Había alguien que llamaba en ella la atención y ese alguien no era otro que yo. Los padres de mi amiga me trataron de

manera exquisita y con ello los demás. Hoy me pregunto cómo coño pude acabar allí, y no me lo explico. Mi presencia allí, junto a mi amiga, solo le podía crear problemas, ya que no había explicación ninguna de cara a la galería de cómo nos habíamos conocido.

Llegaba al cuartel a las cuatro de la mañana, por lo que me gané diez días de arresto, pero ya me estaba acostumbrando a ellos. Los arrestos consistían en que al dejar las actividades, les tocaba a los arrestados la limpieza general del cuartel, valía todo, aunque siempre me escaqueaba lo que podía. Teníamos calabozo, allí no estaban los arrestados sino los condenados sin juicio. Desde que llegue solo había una persona a la que daba la impresión no importarle nada. A los meses de estar allí, vino un día a comer vestido de paisano y sin guardias a su alrededor, nos extrañó a todos. Había llegado un teniente coronel nuevo y pregunto por aquel preso, miraron los informes y vieron que aquel hombre llevaba allí trece años y su único delito fue que deserto junto con un compañero. Al día siguiente volvió, mientras su compañero siguió su camino. Tras entregarse, fue destinado al calabozo y todo el mundo se olvidó de él. Después de aquella campaña de encierro, sus facultades mentales quedaron tocadas, se pasaron con él un montón, aquel castigo era demasiado. Cuando nos enteramos de aquello, más de uno se cabreo. Había estado allí todos esos años por culpa de que nadie se preocupó por él.

En las maniobras que estuve vi cosas que mejor no ver. Pasamos por pueblos donde, parecía que estuvieran viviendo en los años cincuenta. Vi escenas que de niño viví, no se veían grandes casas, ni síntomas de riquezas, solo niños y niñas descalzos con ropas de colores comidas por el sol. No niego que quizás fueran felices porque yo lo fui cuando tenía poco más que ellos, me sabía mal que no se viera gente joven por esos pueblos, pero todos estaban en la capital, allí no había nada que les diera lo que buscaban. Quizás me afectó el no ver los pueblos de la península, los pocos que conocía no eran como aquellos. En Cartagena, haciendo el campamento, había bastantes personas que no sabían leer ni escribir y pensé que quizás sus pueblos fueran como aquellos, pueblos que solo vi allí. No deje de ir a todas las maniobras que se hicieron, quería conocer todo aquello, conocía la Isleta, (barrio chino), no era como el de Barcelona, ni como el de Cartagena, estos se componían de bares donde contactar. Allí, aunque los había, también había casas donde las mujeres estaban en el portal. Raro era el portal en el que medio a escondidas no había muchachas tan jóvenes que no podría ponerles edad. Chiquillas de catorce años, aunque suene extraño, que aún no tenían la figura como las que conocía de aquí.

Por los alrededores de los apartamentos se encontraba bastante movimiento de bares y personas. Más de una vez, había llegado al apartamento y me había encontrado con alguien allí en buena compañía tomando unas copas. No era un tema que me preocupara mucho, creo que no afectaba nada, tenía novia y eso para mí pesaba

bastante. Hablando con la gente, me entere que muchas de aquellas personas que se veían hasta allí, iban en busca de una persona que las sacara de las islas, algunas lo consiguieron, mediante el matrimonio con un peninsular, otras tras quedarse embarazadas de algunos de ellos, los hijos que tuvieran al verse abandonadas, pasaron a ser sus hermanos, duro pero real. El machismo por aquella época en los canarios era legendario, no me gusto lo que vi. Aquellos que vi llorar en Cartagena por sus mujeres, hijos, etc, se les secaron las lágrimas y se olvidaron de todo aquello, el tema nos daba ventaja sobre sus mujeres y muchos de nosotros se aprovecharon de ello. No sé porque, pero yo pasé de todo eso, me cree una imagen de que todo aquello no iba conmigo, no es cuestión de ser malo o bueno, es cuestión de ser o no ser.

Hable con David alguna vez sobre estos temas y por norma siempre estuvo de acuerdo conmigo, quizás al estar enamorados de nuestras respectivas novias, nos daba el ánimo para ello. David dejo a su novia unos meses antes de licenciarse y yo la deje a las dos semanas de llegar a casa, a mí se me cruzo alguien en la vida, David se dio cuenta que lo que sentía por ella se le había escapado, entre los brazos de otra. Ella lo llamó varias veces por teléfono al cuartel y él siempre le dijo que se olvidara, cosa que ella no parecía entender, no sé cómo acabaría cuando volvió porque jamás nos volvimos a ver.

Algún que otro domingo subí a casa de Pepe, allí salía con su hermano Paco y su gente, entre ellos estaba Xuxo, su primo. He conocido a gente traviesa, él los superaba a todos. Xuxo tenía novia desde hacía ya años por lo que decidió casarse, esa boda no me la iba a perder por nada del mundo, él era la juega en persona, tenía para todo el mundo, siempre estaba pensando como pasarlo mejor.

La boda fue cojonuda, fue tan sencilla que no nos faltó de nada, no se podía criticar absolutamente nada como muchos hacen en otras, ya que cada cual hizo lo que quiso y comió y bebió lo que le dio la gana.

El problema lo tuve al llegar al cuartel. Llegaba a las cinco de la mañana. Me metieron diez días de arresto y alguna imaginaria, pero valió la pena. Aun sabiendo lo que me iba a pasar, valió la pena. Fui porque creí que tenía que ir, aun a sabiendas que me tocaría limpiar las perolas. De los trastos de cocina se encargaban dos o tres, , aunque se cogían a los arrestados para que les echaran una mano. Uno de ellos era muy especial, más alto que yo y físicamente perfecto, pero nunca debió de hacer la mili ya que supuestamente no era todo lo listo que parecía, pero en la mili se aprovechaba todo. No puedo decir que fuera atrasado, pero era obvio que no estaba bien, y no era el único. Estas personas no tenían que estar allí y menos para pasarse toda la mili limpiando los trastos de cocina. Me jodía verlo, quizás por la impotencia que me entraba, por mucho que él estuviese cómodo donde estaba.

El capitán Blanco seguía haciendo de las suyas. Teníamos una piscina que era una maravilla, tenía jardines, palmeras y hasta una pequeña cantina. Como le arreglaba los papeles a la gente de donde vivía, (como ya he dicho antes), aquella gente dentro de sus posibilidades le regalaba las cosas más raras. Un día apareció con dos tortugas grandísimas, hubo que ayudarle para bajarlas de su coche, las metió en la piscina y allí se quedaron. Pregunte que era aquello y la respuesta que encontré fue que le gustaba mucho la sopa de tortuga y aquella gente le habían regalado dos, el problema era que él no era capaz de matar una mosca, de ahí que acabaran allí. Sería un desprecio o una cobardía devolvérselas diciendo que no era capaz de matarlas.

Aquellas tortugas nos recordaban a las de las películas de Tarzan y todos quisimos ser todos "Boy", su hijo, nadando cogido a sus aletas. Todavía conservo en la rodilla la cicatriz de un mordisco de una de ellas, se cansó de que la puteara y por listo me mordió.

Cuando entró el teniente coronel nuevo, le dio un día por pasar por detrás de los talleres donde se encontraba nuestro patio de armas, al ver dos cerdos en un corral junto al mismo pregunto que era aquello, y resulto que aquellos dos cerdos eran del capitán Blanco, se los habían regalado siendo lechones. El jefe le dijo que ya podía sacarlos de allí, y el Capitán le tuvo que obedecer. Le dijo al furriel que ya sabía lo que tenía que hacer, y el furriel se dio a ello, como en nuestra compañía teníamos de todo, les dijo a unos cuantos que la operación cerdo se adelantaba y los dos cerdo acabaron siendo lo que se planeó cuando llegaron al cuartel: chorizos, jamones, y todo lo que lleva consigo, en un solo día no quedo rastro de ellos. No llegue a probarlos porque no me lo propuse, allí había mucha carne para pocos privilegiados, aquellos cerdos fueron alimentados con las sobras del cuartel, les salieron gratis al capitán.

Llevaría unos meses en la cantina de suboficiales, cuando entro a hacerse cargo de ella un sargento que había llegado hacia poco, no era mal tío, el problema era que se dejaba llevar por los otros y quería que aquello funcionara lo mejor posible. Se le quejaban de todo y siempre eran los dos o tres de siempre que se creían por encima de todos, les había prohibido que entraran por la puerta de atrás y eso les cabreaba ya que tenían que dar la vuelta si venían de la cantina. Uno de los días, Huelva estaba hablando con dos amigos en aquella puerta, alguien lo vio y le dijo al sargento responsable que era aquello, ellos no podían pasar por allí y sin embargo un soldado de mierda podía abrir la puerta y hacer lo que quisiera, el sargento con la razón bajo el brazo se fue para él y se la lio, Huelva no se calló y le dijo que se fuera de allí que no quería verlo más por allí. Cuando me entere, aquello me cabreo y más al saber quién fue el que le calentó la cabeza. Tuvimos algunas palabras el sargento y yo, al final le dije si él se iba, yo también. El sargento no podía dar marcha atrás, aquellos dos o tres

imbéciles lo hubieran frito. Al final pensamos que era lo mejor para todos el marcharme de allí, seguro que me engancharía con alguno de aquellos imbéciles.

Quedamos como amigos y me fui a mi compañía. Pronto cogieron a tres personas, pero esta vez a conciencia, tras la experiencia que tuvieron conmigo se dieron cuenta que lo mejor era tener gente de la misma isla, eran más obedientes, tenían mucho que perder, mientras que yo no tenía nada que perder, me la sudaban todos y todo, ni siquiera pedí los días que me pertenecían de permiso estando en mi derecho, me debían más de mes y medio, el hecho de lo caro del viaje me retuvo, entre eso y el capitán que me los prometía en su momento, para mí que me tenía allí para joder a más de uno de aquellos.

No paso más de una hora que al encontrarme con el sargento de cocina me pregunto qué había pasado, ya que había escuchado algo y quería saberlo por mí mismo. Tras contarle mi versión me dijo si quería ir con él, a lo que le conteste que sí, (como le iba a decir que no a uno de los Sargentos más cuerdos que conocí). Le pregunté que debía hacer y me ordenó ocuparme de la despensa de la cocina. Al día siguiente entre a la despensa, la tarea consistía en recoger los víveres que se necesitaban cada día, los dejaban dentro de la despensa y de allí se distribuían a los cocineros. No tenía que mover ni una caja, el único inconveniente era que tenía que levantarme algo antes de las seis para recoger el pan, nos lo traían de la base de marinería. Éramos dos, por lo que cada día nos turnamos para ello. Una vez dejado el pan en la despensa, subíamos a lo alto del mueble que había y nos poníamos a dormir encima, ¡acojonaba el puto mueble!, era de madera buena, su altura era superior a las tres literas que teníamos en Cartagena, menos mal que tenía una madera de unos diez centímetros que sobresalía sobre la base de su altura, eso te daba tranquilidad y te hacía ser invisible a los demás, podíamos estar allí hasta que quisiéramos, por norma estábamos hasta las nueve o las diez.

Sobre las seis y algo, tras acabar de servir la cena, me fui a la cantina. Estaba con Vicente cuando llegaron dos de la cocina y me pidieron lo que el Sargento les había dejado para cenar. Yo les conteste que lo haría cuando ellos dejaran lo que les había sobrado sobre las ventanas de la cocina para el que quisiera lo pudiera coger. Nos las tuvimos con algún que otro cuchillo en las manos de alguno de ellos. Sabía lo que creía que era justo y ante esto me importaba poco, lo que pudiera ocurrir.

A la mañana siguiente cuando llego el Sargento se vino directamente hacia mí. Me dijo delante de ellos si podía explicarle a que venía el follón del día anterior. Yo le conteste que a mí no me importaba lo que esos dos pudieran cenar, pero lo que no iba a consentir es que tiraran lo que sobraba a la basura habiendo gente que se quedaba con hambre, gente que no tenía un puto duro porque no tenían quien se lo mandara. Ante eso el sargento no podía decir mucha cosa. Jodía con ello a la cantina pero en si

era poco lo que podía joder, hasta le podían hacer un favor. Vi a muchos que les dio por coger un chusco de aquellos e irse a la cantina a comprar una lata, los camareros y cocineros me odiaron por ello hasta que me fui, a los cocineros se les paso pronto. Me llevaba muy bien con Manolo, que era de mi curso y eso ayudo, no tenían de que quejarse, vivía de puta madre, se montaban unas cenas que ni en el mejor restaurante.

Si, había tenido libertad hasta entonces, me encontraba como en mi casa, pasaba más que de todo. Cosas curiosas viví más de una. Vi llegar al tercer curso y todos nos fijamos en dos, uno normal tirando a bajito, y el otro al que casi le colgaban los brazos, una autentica bestia de un metro noventa y algo, Nemesio Arregui. No supimos mas quien nos impactaba, si Nemesio o el que le acompañaba. El acompañante de Nemesio tendría algo más de veinticinco años, se notaba que era alguien importante, ya que los que estaban con él le dejaban pasó. Vi la maleta que llevaba y me dije que eso no era normal, la maleta era de madera. Yo hacía un montón de años que no veía ninguna de esas, las recordaba de mi infancia. Recuerdo que la ropa que llevaba no era la militar, vestía de paisano. No tardé en enterarme, aquella persona había estado en la cárcel por su pertenencia a ETA. Acompañaba a Nemesio puesto que este casi ni hablaba ni entendía el castellano. Nemesio vivía en un caserío, era aizcolari, era curioso el tío, no recuerdo donde acabo, estaba en muchos sitios, pero no lo recuerdo. Haciendo muchas cosas habría unos cuarenta vascos y eran un mundo cerrado. A la entrada del cuartel había una casa que parecía más un chalet que otra cosa, en ella vivían varios marineros, que eran los únicos que tenían acceso a los, túneles que estaban frente a nosotros debajo de la montaña. Se decía que si un día estallaba lo que había allí, se cargaba media isla. Yo tuve la ocasión de entrar tres veces y no pude pasar muy adentro, eso sí, vi unos torpedos de la hostia y unas minas antisubmarinas para alucinar; una cosa es verlas en las películas y otra tenerlas junto a ti. Allí se metió mucho armamento a raíz de la marcha verde.

Cuando supe lo que hacían aquellos marineros vascos, no supe que pensar, era poner a la zorra a vigilar el corral. Un día, nada más entrar a la cantina, el de León, que estaba de camarero de oficiales, me vino a buscar. Él tenía a tres compañeros en oficiales que eran vascos y era de los pocos que podía tratar con ellos. Se estaban apostando quien se bebía antes un montón de cervezas, yo les gane sobrado, les pille de sorpresa, estaba acostumbrado a la cerveza desde hacía ya muchos años. El de León lo sabía, de ahí que viniera a buscarme. Desde aquel día, tuve buena relación con ellos, lo que no conllevaba que tuviera que estar con ellos. Fui a dos cenas a aquella casa. Nemesio en una demostración de fuerza, no volcó un Seat que había allí con seis personas dentro de milagro, más bien porque lo paramos. Escuche algunas historias que me pusieron los pelos de punta, tanto que se me olvidaron todas las ideas

que hubiese podido tener de buenas gentes que tenía de ellos. Historias que no se cuentan, esas que se quedan dentro de las familias.

Mejor olvidarme de esto. Nemesio pertenecía a la U.G. Un día estando de guardia, en la cueva de los presos, (según me contaron, yo solo me enteré del escándalo), uno de ellos con un cuchillo intento amenazar al brigada de guardia, que no era otro que el que se encargaba del economato del cuartel. Al ver aquel cuchillo, Nemesio se trasformó, le dio tal hostia que lo metió de golpe en la celda, no podía ver un cuchillo a su lado ya que tuvo una historia muy jodida con un cuchillo de por medio. A raíz de eso, pasó a la compañía de servicios, su actuación había sacado de un aprieto al brigada y en recompensa se lo llevo al economato. Todo el mundo lo trato fenomenal, tanto que se volcaron en enseñarle a hablar español, no tardo en aprender, aunque no sabías si hablabas con él o con Tarzan. Pasé alguna que otra con él. Lo ayudamos entre unos cuatro o cinco a prepararse para una apuesta que tenía con otro Aizcolari. Tenía que correr cinco kilómetros campo a través, cortar cinco árboles, (quizás alguno menos) y levantar una piedra de cien kilos diez veces. Hicimos la piedra de hormigón, y tras levantarla la dejaba caer sobre unos neumáticos, se la poníamos bien y hasta que se cansaba.



No sé cómo acabo aquella apuesta, ya que se me acabó el tiempo allí. Sé que se apostaron medio millón, una pasta en aquella época y supe que tras los deportes vascos se movía muchísimo dinero, eso sí.

Tengo presente dos maniobras, una por el frío que hacía y la otra por lo mal que lo pasamos en el transporte. La primera fue al pico más alto de la isla. Cogimos todos los trastos de campaña y salimos por el medio día. La gente de maniobras, en este caso la compañía de la U.N.I.R, salió de madrugada, ellos iban hasta Mogán en barcas de desembarco con todo su material. Llegamos una hora antes de divisar las primeras lanchas, era medio día, las playas estaban llenas de gente, pero la mayoría no se dio cuenta de nuestra presencia y los que lo hicieron no le dieron importancia, solamente éramos unos quince soldados, un camión y un Land Rover, que arrastraba una cocina de campaña. Cuando las barcas aparecieron por el horizonte, la gente se puso a preguntarse dónde íbamos toda aquella gente, pero no tardaron en saberlo puesto que se les vivieron encima. Se fueron apartando para dejarnos sitio y el desembarco se hizo allí mismo. Yo que iba detrás con mis compañeros, aluciné. Solo pasó por allí un Land Rover de paso para decirle a la gente que se apartara. Me quedé tan alucinado que no me di cuenta de un detalle que en las siguientes maniobras me pregunte, y me crearon confusión cuando me tocó desembarcar a mí.



Una vez maniobrado el desembarco, nos fuimos a un pueblo del norte junto a la costa y acampamos a unos dos kilómetros. Por la noche, fuimos cinco colegas a tomar unas copas al pueblo. Allí estuvimos en un bar con la gente del lugar. León y yo discutimos ya que se nos hacía tarde y dos de los que venían conmigo no estaban para jugársela; tras las maniobras se tenían que ir de permiso a sus islas. Salimos a la calle para irnos y León nos llamó de todo, la gente de esa parte del pueblo salió de sus casas y yo me encare con él. Sin esperármelo me dio un cabezazo en la nariz, (era muy típico por allí, te partían la nariz y caías en redondo, ya me habían hablado de ello. De donde procedía la cosa era algo más sencillo: le dabas primero cogiéndole en frío, y ya tenías media batalla ganada). Reaccioné por instinto y evite que aquel cabezazo me tocara la nariz de lleno, el pómulo recibió el impacto, yo al mismo tiempo lo agarre por la pechera y en menos de dos segundos estaba sobre él, le di una hostia que se quedo medio atontado, no se podía mover, mis piernas aprisionaba sus manos y tenía las manos sueltas para hacer lo que quisiera con su cara. Con mucho cuidado sentí posarse una mano en mi hombro, y entonces escuche como todos me decían que lo dejara, que ya había tenido bastante. Su vergüenza ya era suficiente. Miré a aquel hombre que me tentaba por el hombro y vi tranquilidad y paz en su mirada. Me olvidé por un instante de aquel que tenía bajo mí, indefenso, y me fui levantando poco a poco. Aquel hombre, en compañía de varias personas me convido a que lo acompañara, quería verme la cara y ayudarme a curar mis heridas. Yo intenté que no se preocupara, que me encontraba bien, pero ellos insistieron de tal manera que me fue imposible decirles que no. La rabia que sentía necesitaba tiempo y volver a mirar a León sería difícil. Aquella gente del pueblo nos trataron fenomenal, (a mi particularmente), nos sacaron su mejor queso y su mejor vino. Me consta que a León, en otra casa, lo trataron igual. Me despedí de aquella gente con todo mi agradecimiento. No recuerdo muy bien sus caras, el tiempo se encargó de borrar su imagen como estatua de sal azotada por el viento, pero se me quedo algo tan grabado, que siempre, desde hace ya muchos años, los tengo siempre presentes. Prometí volver algún día a aquella casa junto a la salida del pueblo, debería devolverles la atención que tuvieron conmigo, pero no volví por allí, falté a mi palabra, otra vez mas, solo que esta vez me perseguiría toda la vida. Me encantaría poder volver a aquella casa, beber su vino y su queso y compartir un poco de su tiempo en una buen a mesa. Falté a lo dicho. Solo me conforta saber que gracias a ello siempre procuro hacer lo que he dicho, he hecho lo que dije que haría, he ido donde dije que iría y he estado cuando quedé con aquel que quedé, y lo más importante, no acostumbro a dejarlo de hacer. Desde aquí las gracia a aquella gente y a todo el pueblo en si, un pueblo de cuyo nombre no logro acordarme.

Tras aquel accidente, volvimos con la cabeza gacha al campamento. En el aire se respiraba la rabia hacia León. Quiso ser el jefe por una noche y no se dio cuenta que

entre nosotros no había jefes, bastante hartos estábamos con los mandos para que él nos dijera lo que teníamos que hacer. Aquello quedó olvidado, fue una anécdota más.

Acampamos en lo más alto de la montaña, junto a una casa medio derruida. El día era perfecto, el sargento de cocina nos dijo a Manolo y a mí, (señalándonos unas cajas que habían llegado la mañana), que saliéramos y nos las llevamos, que las íbamos a necesitar. Después de abrir una, vimos que su contenido era coñac Veterano, aquello nos extrañó y el sargento, dándose cuenta de ello, nos aclaró que hacia donde nos dirigíamos hacía un frio de la hostia. Yo me dije que si él lo decía, sería verdad, desde que había llegado allí, no supe lo que era el frio. Siempre lo he aguantado bien, por lo que aquello no me preocupó, no creo que le preocupara tampoco a Manolo puesto que ni comentamos aquello...

Cuando cayó la noche el frio se fue asentando sobre las montañas, llegando hasta donde estábamos, ¡joder que frio hacía, no podías ni salir de la tienda! Nos faltaban mantas y de todo. Pasamos seis días con un frio terrible, nos salvó el coñac, el sargento- cocina sabía lo que hacía, quería que volviéramos todos vivos, de ahí el coñac.

La gente de la U.N.I R estaba de maniobras y moverse les venía bien para aguantar el frio, pero nosotros allí poco nos podíamos mover. Me di varias vueltas por los alrededores y el bosque era precioso, estaba todo lleno de pinos, vi algún caserón en ruinas. Aquel bosque, en un tiempo no muy lejano, seguro que estaba lleno de vida.

A la hora de comer, a los tres días de estar allí, apareció un pastor todo cabreado, le habían quitado un cordero y como nosotros estábamos de maniobras por allí, solo podíamos haber sido nosotros. Encontrar al culpable sería imposible, si es que aquello era verdad. No supimos que ninguno de nosotros lo hubiese hecho y medios teníamos todos para ello, por lo menos la tropa. Para acabar la disputa, los oficiales le dijeron al pastor que le comprarían tres cabritos y asunto resuelto, el pastor aceptó. Nos llamaron a Manolo y a mí y nos encargaron cocinar los tres corderos para el día siguiente a la hora de comer. A mí me dio igual, no así a Manolo que de mala gana lo aceptó.

Llegó la hora de comer, había cordero de sobras para oficiales y suboficiales. Después de un día de duro trabajo que mejor que una buena mesa. Manolo le había dado algún tiento al coñac y me dijo que comeríamos más tarde, siempre comíamos a la misma hora, de ahí que no entendí el comentario en ese momento. Oí voces de discusiones y me asomé, entonces vi como todos se metían con Manolo. Aquel cordero no se podía comer, se le fue la mano con la sal. Le dijeron de todo mientras él se disculpaba, pero después de comérselo se fueron con un cabreo de la hostia. Mientras ellos se iban a sus maniobras, no se dieron cuenta de que ninguno de nosotros se ponía a comer. Una vez que desaparecieron, le preguntamos a Manolo que

como se le podía haber ido la mano si lo estaba probando a cada momento y él, con la sonrisa en la boca, nos tranquilizó poniéndonos una caldereta delante, yo la probé y comprobé que aquello era imposible de comer. Él sonriendo, contestó: “ahora mismo lo vamos a ver, ir poniendo la mesa, diez minutos y a comer”. No creo que tardara los diez minutos que dijo y ya estaba la caldereta encima de la mesa, la probé y esa vez estaba de muerte. Cuando le pregunte, me dijo: “¡que se joda!, si ayer el chulo del capitán, (tenía que ser el de siempre), no me hubiera vacilado, no hubiera pasado nada, pero me cabrearon sus formas, ¡que se joda!” Recordé que él quiso hablar con el capitán el día anterior cuando estábamos con el cabrero, y el capitán lo hizo callar con un “Aquí se hace lo que yo digo”. Él debió de pensar que si, se hacía lo que él capitán decía, pero lo haría a su manera y fue de la forma de que no se lo pudiesen comer. Después solo era saber cómo quitarle aquel sabor salado y él, todo hay que decirlo, sabía un montón sobre cocina.



Hacía tanto frío allí que una noche, a él que estaba de guardia dentro del camión se le disparó el C.E.T.M.E (fusil de asalto). Salieron tres tiros que le pasaron rozando la cara, entre las tiritonas del frío y la mierda de fusil, casi se mata solo.,

Cada día, sobre las once, nos llegaban las provisiones. Los dos que las traían eran amigos. Al chofer lo tenían hasta de conductor del apartamento, nos contaban que se pasaban las tardes bañándose en la playa de las Canteras. También nos contaba los ligues que tenían en esa playa. Los muy cabrones, sabían del frío que estábamos pasando y nos restregaban aquello todos los días que pasamos allí, era increíble no podía ser, pero era la realidad. Acabamos con todo el coñac, menos mal que eso fue el último día.

La siguiente maniobra iba a ser diferente.

Un día el sargento-cocina me dijo si quería ir de maniobras a Fuerteventura. Yo le contesté que con él sí que iba. ¡A Fuerteventura!

Un domingo sobre las ocho nos pusimos a embarcar en los camiones todo el equipaje, salimos hacia la base naval. Llegando algo antes de las nueve, fuimos embarcando en las barcas de desembarco, aquello tenía que ser pan comido, había llegado allí en barco en un trayecto de más de treinta horas, estaba preparado para aquello, además, el cuerpo lo teníamos bien preparado de cubatas. Cuando subí a la barcaza, me dije: “¡hostias! tenemos todo el sitio para nosotros”. En las demás barcazas iba la gente de la U.N.I.R, con sus Land Rover, camiones de transporte y sus anfibios, con todo aquello iban un poco apretados. Busqué un sitio en mitad de la barcaza, estire tres salvavidas en el suelo y sobre ellos me tumbe a dormir, no tarde en coger el buen sueño, solo sentí un pequeño balanceo que hasta ayudaba a cogerlo. Pasadas unas dos horas, me desperté. Lo poco que lleva en el cuerpo de alcohol se me fue de golpe. El agua que había en la barcaza empezaba a empapar el tercer salvavidas que me hacía de cama. Sorprendido al ver aquello, me puse de pie y el agua, (en según qué momentos), me llegaba a los tobillos. Se había terminado el sueño, se acabó la tranquilidad que sentimos al subirnos. Aquello se convirtió en un auténtico desastre, y encima el mar estaba cabreado, lo estuvo hasta casi la hora del desembarco. Al Lavabo no se podía entrar, no había sitio donde refugiarse, no teníamos escape, por mucha agua que la barcaza expulsara, no daba abasto con la que entraba con cada ola que venía a saludarnos. Todo aquello se convirtió en un auténtico asco. ¡No se le podía a nadie prohibir que vomitara! Al amanecer seguíamos igual. La tripulación, junto con algún suboficial de los nuestros, se encontraban el puente y nos miraban con cara de pena, de lastima y hasta de sufrimiento. Sus conciencias no deberían estar tranquilas. Recodé a aquellos que me decían que allí me

haría un hombre y mentalmente me cagué en la madre que los pario a todos, allí hubiese querido ver a más de uno.

Al divisar la costa de Fuerteventura, el mar se fue calmando y los mareos se fueron pasando. A menos de dos kilómetros vimos algunas aletas sobre el mar, no eran otra cosa que tiburones, ¡joder solo nos faltaba eso! y encima los mamones de los mandos que llevábamos nos decían que cuidado con ellos. A todos nos vino la imagen de las películas que habíamos visto de guerra, en cuyas escenas de los desembarcos a la gente el agua les llega a la cintura, suficiente, (según nuestra mentalidad), para que un bicho de aquellos se te llevara por delante. Nos preparamos para desembarcar con el miedo en el cuerpo, solo se nos fue cuando se abrió la puerta de la barcaza. No llegamos a pisar el agua, más de uno tuvo ganas de besar aquella arena que pisaba, no lo hicimos, por si acaso un tiburón sobre una ola de aquellas que todavía teníamos metidas en la cabeza se nos echaba encima. Una vez desembarcados, subimos en el camión y el Land Rover y nos fuimos los primeros, teníamos que llegar antes que ellos para montar el campamento. A media hora de camino, en las afueras de un pueblo junto al mar, montamos el sitio. Mientras lo hacían, me fui con el sargento en el Land Rover al pueblo, fue a hablar con las autoridades para decirles que ya habíamos llegado. El chofer y yo nos dedicamos a ver a las chicas que había por allí y hay que decir que había un montón, a cual más guapa y todas estaban buenísimas, si había alguna fea, no la vimos.

Una vez todo controlado, el sargento nos dio permiso para irnos a bañar a la playa, lo recuerdo muy bien porque llegue de los últimos. Vi que uno de los nuestros se subió a una roca, vi el mar y le dije si estaba loco, él sonrió y se tiró. Me quedé parado. Sacó la cabeza del agua y me reto a que tocara el fondo si tenía huevos. El fondo se veía perfecto, creí que allí no habría más de un metro, pero me equivoque, allí había una profundidad de más de cinco metros. Yo no estaba acostumbrado a ver un mar tan transparente como aquel, se veían los peces como si los pudieras coger con las manos, era otro mundo, había visto algún que otro reportaje de animales, pero ver aquello en directo era fantástico, te cambia toda la perspectiva. Ya me habían impresionado los tiburones, pero no quitó merito a la sorprendente belleza de aquel agua. La belleza de ver las cosas al natural, con los propios ojos es impresionante, (con respecto a cine y televisión).

Por la tarde nos dieron permiso para salir. Fuimos al pueblo y los colegas casi me linchan. Les hablé de las chicas que vi, de sus bellezas y de la cantidad de ellas, pero el problema fue cuando no vimos ni a una. Se encerraron en sus casas o las encerraron. Al entrar en un bar pregunte por ello y me dijeron que no querían trato con la Legión. Me costó convencerles que no éramos la Legión, ¡joder que fama tenían

aquella gente!, alguna que otra liarían en aquel pueblo, por lo que me contaron, entendí la postura de aquella gente, solo miraban por los suyos.

La siguiente mañana, tras el desayuno, vimos cómo se acercaba un Land Rover a toda hostia por un campo lleno de baches, nos quedamos pasmados, aun no sé cómo no volcaron o saltaron por encima del coche. Venía un Capitán de la legión con su chofer, que si quiso hacer una entrada triunfal, lo consiguió. Al rato, el sargento- cocina me dijo:

-Sal a la carretera y espera allí la llegada del sargento de víveres de la Legión, no sea que le dé por entrar como este y se nos estrelle.

No llevaba allí más de diez minutos cuando vi el Land Rover venir hacia mí, al llegar pararon en seco, se bajaron el sargento y el cabo que lo conducía de un salto, y tras adelantarme a su saludo se me quedaron clavados con el suyo, jamás había visto nada igual, todavía oigo aquellos taconazos al recordarlo, la cara del chofer reflejaba perplejidad, no lo entendí en ese momento.

El sargento de la Legión era un tío campechano, hablaba hasta por los codos. El viaje no duro más de tres minutos y casi me cuenta toda su vida, disfrutaba con lo que hacía. Al llegar al campamento, lo acompañe a la tienda donde se hallaba mi sargento. Al verse saludaron los dos cuadrándose al unísono, no entendíamos nada hasta que pasados unos instantes mi sargento les dijo: "Descansen, estamos entre colegas". Entonces me di cuenta que sargento era Sargento primero y el de la Legión solo era Sargento, de ahí su saludo. Mi sargento me pidió que me llevara al soldado y lo invitara a tomar algo. Tenían que hablar los sargentos para coordinar lo de los víveres durante las maniobras que haríamos junto con ellos. Al chofer le sorprendió que mi sargento me hubiese llamado "Geta" en vez de por mi nombre o apellido. Yo le aclare que no era el único que lo hacía. Me contestó: "Ahora lo entiendo. Cuando vi como saludabas a mi sargento, me quede de piedra, no entiendo como no te dio una hostia de las gordas, no había visto saludar nunca igual". Yo le dije que el sorprendido era yo con la manera como saludaban ellos. Me pregunto si todos saludábamos igual a lo que le respondí que solo lo hacía yo cuando llevaba la gorra, que era casi nunca. Nos tomamos unas cervezas juntos hasta que apareció su sargento y se fueron por donde habían llegado.

Un mes antes habían llegado dos tenientes nuevos, esos tenientes habían sido cabos primeros y habían estado a las órdenes de varios suboficiales, uno de ellos con la gente de mi compañía, que no tenían nada que hacer. Montaron la compañía de morteros del 105 mm, eran unos veinte. Cada mortero del 105mm se componía de cinco soldados, eran la clave de las maniobras, se enfrentarían a una compañía de morteros de la Legión.

Cada día por la mañana, me iba con un chofer donde hicimos el desembarco. El barco que venía de escolta tenía panadería e iba a allí a buscar el pan. Nos lo acercaban con una Zodiac y mientras llegaban nos entreteníamos con tres pescadores de caña. Era la hostia, tiraban las cañas y al momento picaba cualquier pescado, peces que rondaban el kilo. Aquellas tres personas tenían un trocito del Atlántico para ellos solos. He estado muchas veces pescando y rara ha sido la vez que no me acordara de aquellos tres pescadores.

Pasamos aquellos días bastante tranquilos. El teniente de Morteros demostró ser un fenómeno y eso que tenía algo raro en un ojo. El sábado salimos para la capital de la isla, Puerto Rosario, nos quedamos fuera del cuartel donde se celebró una misa y tras ella un aperitivo en homenaje a nuestra gente. Nosotros no fuimos, aquello no nos preocupó a los que nos quedamos fuera, todos temíamos el regreso. Las gentes que iban en las otras barcas, se pudieron refugiar en los vehículos y no lo pasaron mal, nosotros no tuvimos donde refugiarnos. Al llegar a puerto llamaron a nuestro sargento y tras hablar un rato con él, se nos acercó y nos dijo que recogiéramos todo lo nuestro y embarcáramos en el barco de escolta, que volvíamos en él, ¡joder!, no sabíamos si tirarnos a sus brazos o besarle los pies. Subimos al barco Villa de Bilbao temiendo ser despreciados. Nada más subir la gente se volcó con nosotros, sabían porque lo habían visto con sus propios ojos que lo habíamos pasado, muy jodido, nos buscaron sitio como pudieron en sus propias camas, dejamos las cosas donde nos dijeron y nos pusimos a ver la salida, estaba parte de la Legión y familiares de alguno que otro de los nuestros que eran de Fuerteventura.

Al salir del puerto, el barco tomo la curva de tal manera que nos acojono. Casi tocamos el mar con la mano, por lo menos nos lo pareció. Una vez en alta mar pude ver una de las cosas más bellas que he visto, llevando nuestro rumbo navegaba un cachalote. Nos acercamos a unos diez metros de él y durante unos quince minutos lo seguimos. Yo solo pensaba en el cañón que había a mi lado, pensé si se pone tonto le arrear con esto y fuera. La escena era preciosa por su grandeza, ese pedazo de fiera era casi como el barco, podía pasar de los veinte metros, no es una cosa para olvidar, allí no había trampas, era bestial. La diferencia es enorme de cuando lo ves todo en directo y a lo vivo. Me pasó también cuando tuve a un toro cara a cara detrás de unos barrotes, había visto muchas corridas, pero a menos de un metro acojona un montón por mucha barrera que nos separe. La travesía se nos hizo gloria en todos los sentidos, tanto en el trato con la gente, como en la mar que ni se movió...

La vida continuó pasando. Vivía bien, me dejaban vivir y pasaba desapercibido para todos. Siempre había alguna que otra cosilla, es lo que tiene ser discutidor. Fui unos de los pocos que fue a votar en las primeras elecciones libres, no fuimos más de ocho; cuatro vinieron por no dejarme solo, eso sí, los que eran políticos se escondieron, ni

aquel que era el presidente de las juventudes comunista de una provincia de Andalucía, a quien el partido le pagaba el apartamento y lo mantenía, (a él y su mujer), que se llevaron para que no se aburriera, salió de la fila. Ninguno de mis compañeros de apartamento, todos ellos pertenecientes a algún partido, se movieron de la fila. Allí empecé a ver hacia dónde íbamos y quienes serían nuestros guías, ¡joder que tropa!

Vicente, tras pasar catorce meses, se licenciaba tras alguna bronca del sargento de talleres sobre acabar el mueble de comedor, pero tres días antes lo acabó, había tardado en ello catorce meses, pero valió la pena, era de película, el que lo pudo ver solo pudo decir “A valido la pena”.

El sargento-cocina puso cerveza en el comedor para quien no quisiera vino, un vino que era de pena, la comida sin embargo era autentica, el pollo que se hacia jamás lo he vuelto a probar, como aquel pollo ninguno, como la carne, aunque fuera de Argentina y llevaran veinte años congelada, era la forma de hacerla lo que más valor y sabor le daba.

Los domingos, gracia al cocinero que teníamos de Valencia, nos dio por hacer callos a la madrileña. La gente en vez de salir por la mañana de permiso a las diez, salía a las tres de la tarde, todo era por los callos a la madrileña y por la sangría que hacía yo, ¡joder como estaba!, le metía de todo. Mientras estuve a cargo de los víveres, la gente podía repetir si sobraba, los platos iban llenos, las jarras de cervezas se extraviaban..., más de una vez tuve que ir a por carne por pasarse la gente en la comida. A los que servían los platos no es que les cayera muy bien, pero se tenían que joder, lo supe tras un año de mi marcha. Un día me encontraba en una discoteca en Barcelona cuando en el lavabo se me acerco alguien a quien conocía de algo pero no sabía de qué. Tras un intercambio de palabras, al aparecer su primo, supe de pronto quienes eran. Llegaron los dos al cuartel cuatro meses antes de irme yo. Me dijeron que cuando me fui, un día a la hora de comer, alguien les dijo a los que servían que como se notaba que yo no estaba allí. La respuesta de dos de ellos, fue que el Geta era un hijo puta, entonces se lio un pequeño follón, pero no acabo ahí la cosa. Tras la cena, a tres de aquellos que servían la comida los calentaron bien calentitos. El resto de mis compañeros, no soportaron que se me insultara no estando yo presente. No sé si aquello ocurrió como lo decían, pero no tuve la menor duda ya que eran unas personas legales.

Me faltaba algo más de un mes para acabar la mili y un día a la hora de comer me dio por salir donde la gente servía a la tropa como hacía muchas otras veces. Los que servían tenían un poco la mano corta y había que estar encima de ellos. Ese día le tocaba de oficial de guardia a un capitán que acababa de llegar, había ascendido a comandante, pero de momento su plaza estaba ocupada, se tenía que esperar unos días. Es curioso el ejército..., dependiendo del grado de mando, se comportan de formas diferentes. Este en particular, probaba la comida, cosa obligada por el oficial de

guardia, la única diferencia era que al ser comandante tenía que ser más humano con la tropa, tenía que hacer méritos y se pasó toda la hora y media de la comida allí. Antes de acabar, en un momento dado, en compañía del brigada maldito, se me acercó y me dijo:

-Retira esas botellas de agua y pon unas llenas.

Por la forma de las botellas no se podía ver el contenido y las tapaban el sitio donde se hallaban. Le quise decir esto y el señor comandante-capitán, dándoselas de súper legal, me dijo alzando la voz:

-¡¡¡Le he dicho que retire esas botellas y ponga unas nuevas!!!

Lo primero que pensé es que si empezábamos a chillar, mal acabaríamos. Metí todas las botellas en sus cajas en un momento. Mientras abría las nuevas, el brigada maldito empezó a sacarlas para que el capitán las pudiera ver, con ello le demostraba que se había equivocado, puesto que todas estaban casi por la mitad. En ese momento me dije: “aquí no pinto nada, aparte de que no es mi sitio” y me metí para dentro. No iría ni por la mitad de cocina que oí unos pasos ligeros detrás de mí, me di la vuelta con el acierto de agacharme para evitar el puño del capitán. Mientras me levantaba le di un puñetazo al marco de la puerta que se encontraba abierta y le dije:

-Ni se le ocurra tocarme.

Se descoloco. Me mando ponerme firme y yo obedecí. Tras un momento de titubeo por su parte, me dijo:

-Vaya al pañol, recoja todo el equipo de campaña completo y se presenta al teniente de la compañía de morteros para su ingreso en ella, ¿lo ha entendido? Ya se puede ir y recuerde que no se puede quitar el equipaje ni para dormir durante siete días.

Llegue al Pañol, (donde se guardaba casi todo lo de la compañía), recogí los trastos y una vez con ellos, me fui a ver al teniente. Me vino a decir que cuidadito con él, que él no dejaba pasar una. No entiendo porque toda la gente me tenía tantas ganas, antes ahora y seguro que después, y eso que yo procuro no estar, pasar desapercibido.

No lo pase muy bien. El tener yo la razón me ayudo a sobrellevar aquello. La gente me ayudo en lo que pudo Me tenía que sentar girando la silla para que la mochila que llevaba no me estorbara, mientras los demás corrían con ropa de deporte yo tenía que hacerlo con todo el equipo, por las noches tenía que bajar al cuerpo de guardia a pasar un rato allí con el oficial de guardia y dependiendo de él, así me iba. Una tarde me crucé con este capitán que ya era comandante, iba en compañía del teniente coronel, máximo mando del cuartel, me llamo y me dijo:

-Oiga, ¿no le dije cinco días de arresto?

-No señor, me dijo siete, -le respondí cuadrándome-. Hoy los cumplo.

No supo que más decirme. Más tarde, supe que el brigada maldito, ese del que tanto pasé, le dijo al capitán –comandante justiciero—que yo al irme para dentro de la cocina con un gesto del brazo lo mande a tomar por culo. Eso me supo fatal. Me alegré de no verlo más, no sé cómo hubiese podido reaccionar, aunque no acostumbro a huir de lo hecho, pero de lo que no he hecho me jode que me acusen. Alguna vez me había preguntado el porqué de la actitud de aquel capitán-comandante, cuando me decía todo furioso que a él no le tomaba el pelo nadie..., lo supe tarde, le tenía que haber dicho que yo no se lo tomé, pero su brigada sí que se lo tomo y lo utilizo como arma contra mí.

De todo aquello saqué que el teniente de morteros, el día antes de irme me dijo:

-Me equivoque contigo, creí que eras una cosa y eres otra. Ojala todo te vaya bien.

Me valió la pena aquel castigo porque me hizo conocer a una persona íntegra.

Mis compañeros de curso me acompañaron aquella mi última noche allí. Me decían que no me fuera, que iba a ser la re-ostia el día que el curso se licenciara. Me hubiera gustado despedirme con ellos, pero ya no estaba para aguantar dos meses más. No pude venir de permiso por dos cosas: por lo caro y por qué se hicieron los locos. Me callé porque consideré que el mes de permiso que me dieron, y que gracias a él me pude licenciar dos meses antes, no me lo merecía, eso fue lo me retuvo para no insistir en lo que me pertenecía.

Aquella última noche, como cada noche que la gente se licenciaba, se tocó el silencio floreado, todavía lo oigo, quizás porque tras unos años se lo hice tocar a mi cuñado Jerónimo varias veces. Fue una noche mágica, allí me bebí mis últimos cubatas de litro, por lo que no me costó mucho coger el sueño. Por la mañana, tras tocarnos la diana floreada, desfilé con el curso anterior, con la camisa llena de dibujos y direcciones de compañeros y una escoba como fusil. Sobre las diez, en la hora del almuerzo nos podíamos marchar. Al pasar por control, en el muro de enfrente, habían dos sargentos y un brigada sentados, uno era el Sargento primero Basilio, el otro el Sargento Villar Prieto, del brigada no tengo muy claro el que fue, pero estar, estaba.

Basilio me dijo:

-¿Ya te vas?

-Sí, es hora de estar con los míos.

-Eres la única persona que conozco que no se ha dejado al entrar los cojones en el control. –apuntó-.

Villar dijo lo mismo al respecto, y el brigada más de lo mismo. No supe que decirles, aquellas personas me estaban alabando simplemente por ser como era, la verdad es que las recuerdo con cariño, me tuvieron que aguantar ellos más a mí que yo a ellos. Dicen que cada persona nace para algo y muchos encuentran su camino. Yo creo que solo nací para tocar los huevos a la gente, podría vivir bien, (no me quejo), pero no

paro de tocarle los cojones a alguien, menos mal que no envidio a nadie, ni siquiera se odiar, ni le deseo nada desagradable a nadie.

No volví la vista atrás, no tenía motivos para ello, por los pocos que tendría motivos para hacerlo no estaban allí, muchos recuerdos se vinieron conmigo: la madre de Pepe, su hermano Paco, su primo Xuxo, Vicente, Antonio Medina, Manuel Chorro y algún que otro, siempre vivirán conmigo. Aquella mujer me agradeció la amistad que tenía con sus hijos como pudo. Llegue al cuartel más de una vez tras estar en su casa y me encontré un billete de quinientas pesetas en el bolsillo, me trato siempre como a uno de sus hijos, doy fe de ello.

Podíamos volver en barco, nos salía todo gratis, (en teoría), eran tres días y medio de travesía, demasiada larga la espera para ver a los tuyos. La gente de oficinas se encargó de los trámites para coger un avión de Iberia que casi llenamos, éramos cerca de setenta, no lo entendí muy bien, ya que en mi curso solo éramos unos cinco, quizás con el tema de la logística del Sahara mandaron por huevos a un montón de gente de oficinas a Canarias, no lo entendí ni me preocupo, la gran mayoría iba a Madrid, unos pocos a Coruña, Abellán, Figueras y yo a Barcelona, por lo que tendríamos que hacer varias paradas. El viaje fue tranquilo, no había muchas ganas de hablar, eran muchos recuerdos los que se dejaban atrás y se buscaban los perdidos que antes de irnos nos ataban al hogar. La emoción es difícil de controlar. Una vez desembarcamos nos tocaba pasar la Aduana. Pasaron primero los pocos civiles que iban en el avión, quizás porque ellos no tenían nada que esconder mientras nosotros teníamos, demasiado. Desde los cristales que daban a la libertad se veían las novias y padres de muchos de los de allí presentes. Pasaron unos diez de oficinas delante de mí, puse el petate encima del mostrador y el guardia civil me dijo que lo abriera. No me gusto su tono, la verdad era que pensaba abrirlo, tampoco llevaba mucha cosa, pero su forma de decírmelo me cabreo,(hoy pienso que estaba hasta los huevos con las excusas que le dieron los que habían pasado antes). Yo le conteste que lo abriera él, que yo había perdido las llaves. El tío insistió para que lo abriera, y yo que no lo seguí con que no lo abría. Se hizo el silencio, me di cuenta de ello y me dije que se avecina tormenta, (no hay silencio sin ella). Vi que había tres guardias civiles a unos cuatro pasos detrás de mí. El guardia civil me dijo seguro que llevas algo en el Petate, le dije que sí pero que no tenía las llaves. De repente oí una voz detrás que preguntó que estaba ocurriendo allí. El guardia civil se puso firme al tiempo que saludaba, me gire mientras escuchaba decir a aquel guardia civil:

-Mi capitán, que no quiere abrir el petate.

El capitán acompañado de dos guardias, me preguntó por qué no quería abrir el petate. Yo ya no tenía por qué saludarlo, ya que iba de paisano. Le explique que no

tenía las llaves y nos pusimos a discutir sobre lo que podía llevar. En un momento dado me dijo:

-Seguro que llevas una buena cadena de música.

-Sí señor, -contesté-, estoy a tres mil kilómetros de mi casa, de mi gente, de mi hogar, me gusta la música y con ella me evado para poder hacer el camino hacia mi casa tranquilo. No llevo un duro en el bolsillo por lo que no creo que le moleste a nadie si llevo una radio cadena. He pasado un año y medio sirviendo a la patria, algo me merezco.

Él, que iba con un teniente de esos que van de listos, (estos siempre lo son), me dijo:

-¿Algo más llevaras?

-Sí, -contesté mirándolo fijamente-, llevo dos relojes para mis hermanos, tres calculadoras, algo de ropa, cinco cartones de tabaco Coronas, algo de ron y whisky.

-Vale, no te pases, -me dijo el capitán-.

-¿Usted sabe lo que es pasar un año y medio allí?

-Lo sé, lo sé mejor que tú. Esta vez te sales con la tuya, pero no te acostumbres.

Me sorprendió con aquello. A continuación dijo a los guardias que había allí que me dejaran pasar a mí y a todos. Salí de allí temblándome los pies ya que me había encardo con el teniente, y eso sabía que no era bueno. Se formó una avalancha de gente en la puerta, nos costó salir de allí por las felicitaciones de la gente. De allí fuimos a coger el avión que nos tenía que llevar a Barcelona y como teníamos que esperar casi tres cuartos de hora, decidimos irnos al bar a tomar algo. Cuando llegamos juntamos todo el dinero que llevábamos los tres y solo nos dio para una cerveza y viendo que no había para más nos la pedimos para bebérsola entre los tres. Estábamos comentando lo de la aduana y como iba Abellán a pagar la tele de dieciocho pulgadas que llevaba si nos trincaban en la siguiente aduana. Creo que si nos llegan a registrar, nos trincan a todos y los únicos que podrían haber pagado serían los de Madrid. Estábamos en eso cuando el camarero puso sobre la mesa tres cubatas. Extrañados le preguntamos a que venía aquella ronda y nos contestó que nos invitaban dos señores que se encontraban también en el bar, no entendíamos nada. Una vez que se acercaron a nosotros, nos dijeron:

-Si no lo vemos no lo creemos por mucho que nos lo hubiesen contado. Lo de la Aduana ha sido superior. Cuando le hemos preguntado al camarero que habíais pedido, no nos lo podíamos creer.

Les dimos las gracia y apelamos que no hacía falta que nos pagaran aquellos cubatas. En esas, uno de ellos le dijo al camarero:

-Llena esto.

El hombre saco un montón de dinero del bolsillo de la chaqueta y nos dijo:

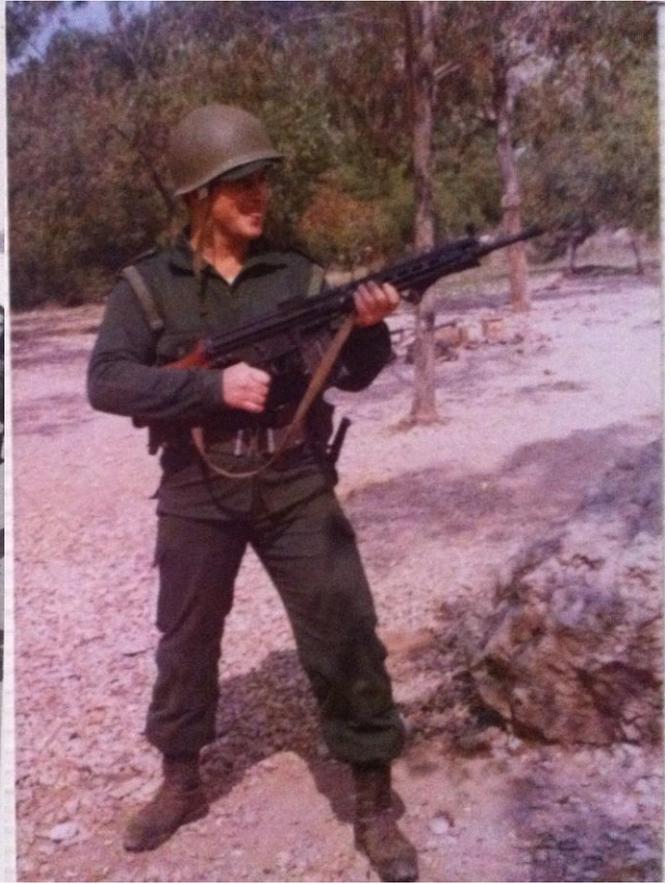
-Tranquilos, que no es por dinero. Llevamos seis meses pescando en Mauritania, soy patrón de barco de pesca y este es el mecánico, tenemos tres meses de vacaciones y volvemos a pescar.

Pasamos un buen rato allí los cinco. Ellos iban a Santander. Cuando bajamos del avión ya no teníamos que pasar aduana, pero verla la vimos. Salimos fuera y allí estaban los padres de Abellán junto a la novia. El encuentro fue muy emotivo. Abellán se la hubiera comido allí mismo, el hecho que sus padres estuvieran presente lo retuvo. Abellán sabiendo de nuestros problemas económicos, les dijo a sus padres si tenían mil pesetas, ya que nosotros estábamos sin un duro y con ellas podríamos llegar a casa en taxi. Serían las dos de la noche, los padres se pusieron nerviosos ya que no contaban con aquello, solo la madre disponía de un billete de quinientas pesetas, algo era, no sabíamos hasta donde podríamos llegar con aquello. Figueras y yo, una vez dadas las gracias y sin siquiera pedir la dirección para poder devolver aquellas quinientas pesetas, nos metimos en el taxi, le dije al taxista donde íbamos, pero que cuando llegara a quinientas pesetas, parara, porque no llevábamos más dinero. Cuando en el aeropuerto se fueron aquellas dos personas nos pedimos una cerveza para los tres y nos quedemos sin blanca, fue lo último que nos beberíamos juntos.

No he tenido nada contra los taxistas en mi vida, pero de aquel me acuerdo. Cuando el taxímetro marco las quinientas pesetas nos dijo que hasta allí habíamos llegado, fue a mitad de la Rambla de Hospitalet de Llobregat, no había más de un kilómetro hasta mi casa y el señor taxista nos dejó allí. Siempre me molestó aquel gesto, era legal, no tenía nada que decir, creo que una persona normal no lo hubiera hecho, eran más de las tres, íbamos cargados y veníamos de hacernos un montón de kilómetros por España. Tuvimos que subir toda la cuesta hasta lo alto del Barrio de Can Serra. Lo que para él habrían sido tres minutos, para nosotros fueron quince. Desde aquí mi desagrado a aquel buen taxista. Llegue a casa dándoles una sorpresa que ellos esperaban, me conocían demasiado bien, no los pude engañar. Sobre las siete menos algo acompañe a Figueras a la estación de tren y le compré el billete, a él todavía le quedaba un largo camino para recorrer hasta su casa, el viaje me costó cerca de trescientas pesetas, dinero que nunca vi, como tampoco vio Abellán. El compañerismo no tiene precio. Me hubiese gustado volver a verlos, sobre todo para poder pagarle la deuda a la madre de Abellán, podernos sentar en una terraza y en silencio ver a la gente pasar mientras devoráramos lo que nos pudiera apetecer. Solo decir: ¡Qué noche la de aquel día..., que noche...!









Resumen final

La vida se llena de historias. Historias que por respeto a mis amigos no deseo olvidar. Aquí están dos etapas de mi vida con algunos amigos, una de ellas trata de la vida en una fábrica del vidrio, la otra es parte de lo vivido en la mili, sirviendo a mi Patria, según decían. Lo he escrito a gusto, sé que a ninguno ha molestado, todo lo contrario, ya que lo escrito les ha recordado parte de sus vidas, eso para mí es lo que vale, dejar parte de sus vidas escritas me llena y me satisface. No todos tienen la suerte de poder hacerlo. Me alegro por conocer a las grandes personas que he conocido, quizás es cosa de suerte, no lo pongo en duda, porque casi nunca nadie me ha fallado, quizás porque he procurado siempre no fallarles a ellos.

Siempre han sabido donde he estado, al igual que he sabido donde encontrarlos a ellos, (menos a uno y estoy en ello).

Con Chaparro no nos vemos desde el año setenta y cuatro. Cada dos o tres años lo llamo, él para eso es muy malo, alguna sorpresa me llevo cada vez que lo hago, él siempre me sorprende, (se sorprende a sí mismo...) Sin embargo con Miguel y su hermano Salvi nos vemos una o dos veces al año, mantenemos vivo con ello aquellos años en el vidrio.

Con Pepe nos llamamos alguna que otra vez, es con el único compañero de mili con quien trato, trabaja de mantenimiento en un grupo de bungalós en Canarias, tengo ganas de verlo, no sé quién de los dos estará hoy en día más gordo.

De la mili se podrían decir muchas cosas, pero no vale la pena. España es como es, el que no se lleva lo que puede y lo deja, que no piense que allí se quedara para honra de la nación porque otro vendrá y se lo llevara.

Durante muchos años desee volver a Canarias, tenía la sensación de que no me había podido despedir, como se merecían, aquellas islas donde pase unos cuantos meses, desde abril del año 1976 a junio, (o julio), de 1977. Salí de allí dándoles la espalda, no pude ni siquiera mirar atrás, creía que tenía que olvidar muchas cosas. Allí me habían arrebatado año y medio de mi vida y eso a esa edad pesaba mucho (creo que a cualquier edad). Cuando salí traía buenos y malos recuerdos conmigo. Dejaba allí buenos amigos que siempre me demostraron serlo, tenía que volver, sabía que en algún momento de mi vida lo haría, aunque solo fuera por pisar aquella tierra.

Los años iban pasando y aquella deuda moral que me empezó a acompañar cada verano, desde cuatro o cinco años después salir de Canarias, seguía siendo más fuerte a medida que los años trascurrían.

En marzo del año del señor de 2013, tras solucionar mis problemas, (pasé de estar 14 meses en paro, a la incapacidad permanente, puedo asegurar que no me regalaron nada), en junio, me planteé muy en serio ir a Canarias, tenía tiempo de sobras.

Mi familia entera decidió acompañarme, no me iban a dejar solo. Hasta entonces tenía el problema que Blanca, (mi mujer), tenía pánico a volar, ahora tenía a mis hijos para ayudarme a convencerla. Nos costó, pero lo conseguimos. Alguna vez me había dicho que fuera solo, que ella no cogía un avión ni loca, que tres horas de vuelo son demasiado. Habíamos ido a Mallorca desde Valencia en veintidós minutos y lo paso fatal, no se le iba de la cabeza el tema del avión. Entre mi hija y mi hijo se ocuparon de todo.

El día 10 de Agosto, a las doce y veinte hora peninsular, cogíamos el vuelo. Volvía después de 36 años y dos meses a las Canarias. Aquel viaje que tantas veces pensé hacer comenzaba a hacerse realidad.

Al llegar al aeropuerto para embarcar, nos enteramos que durante el vuelo no iríamos juntos. Ningún asiento de los que teníamos asignados era correlativo, empezaban las preocupaciones. Blanca iría en un asiento sin ninguno de nosotros a su lado. Nadie se atrevió a decir nada, pero a todos nos preocupó. Ella aguantó sin decir nada y nos pusimos cada uno en su lugar.

A los veinte minutos del despegue, Blanca se pudo cambiar de asiento y se sentó a mi lado. Lo había pasado fatal en el despegue, pero una vez estabilizado el avión, se tranquilizó. Me dijo de cambiarnos al asiento donde había estado ella, ya que había un sitio vacío y había más espacio, pero a mí me dolían las piernas y tras coger una postura en que el dolor desapareció decidí no moverme de donde estaba, aún siendo los asientos más estrechos. Al rato se vino mi hijo y se sentó junto a la ventana, la familia estaba de nuevo unida.

Fue emocionante ver desde el cielo Fuerteventura. Fue como si lo hiciéramos a cámara lenta. Yo había estado allí en un desembarco y se podía distinguir el sitio, (o eso quise creer). En veinte minutos más, apareció Gran Canarias. Empecé a recordar cuando salí de allí, buscaba señales que me recordaran a algo y vi que la tierra tan seca que recordaba seguía en parte allí. No pude recordar nada más, quizás porque cuando me marche tenía tantas ganas de llegar a mi hogar que no quería ni siquiera mirar atrás, ni siquiera para despedirme, quizás eso fue, como más arriba decía, lo que me volvió a llevar allí.

Le había dicho a Pepe la hora y el día que llegaba unos días antes. Él me dijo que vendría a recibirme. Me sabía mal, ya que llegábamos sobre las dos y media o las tres, hora de comer, pero él insistió en venirnos a recibir.

Salimos al vestíbulo del aeropuerto, allí había gente esperando a sus familiares y amigos, eche un vistazo rápido buscando a Pepe y no lo vi, pensé que por la hora que

era no habría venido. Después de unos segundos allí esperando a mis hijos que habían ido a buscar el coche de alquiler, alguien por detrás me dijo:

-¿Eres Jerónimo?

Me volví y allí estaba Pepe, mi amigo Pepe.

Tras un abrazo, me dijo:

-“Chacho”, estas muy gordo, con lo delgado que estabas no te reconocía.

Le recordé que ya se lo había dicho por teléfono. El recuerdo que yo tenía de él no variaba mucho, lo encontré más fuerte, aunque pareciera algo gordo lo estaba menos que yo. Nos acompañó, tras darnos la bienvenida, a coger el coche y no nos dejó hasta que salimos del aeropuerto camino del hotel.

Quedamos en que el domingo iría a comer a su casa (celebraríamos con ellos el cumpleaños de su futuro yerno).

El domingo, tras desayunar, fuimos a las Palmas. Vimos un mercadillo al llegar al centro y tras aparcar en la misma plaza Santa Catalina, nos fuimos de mercadillo. La diferencia en precios con los de Barcelona era mínima, según Blanca y Alba. Tras una vuelta fuimos a la plaza Santa Catalina, de repente me había convertido en guía del grupo, no hizo falta votar para ello, simplemente como era el único que había estado antes allí se dejaron llevar. Me sorprendió la plaza, los edificios mantenían su altura, eso hacía que se conservara como yo la recordaba. De allí nos fuimos a la playa de Las Canteras, seguía donde la vi por última vez, se podría decir que me bañe en el mismo sitio donde nos hicimos la foto, solo cambiaba que la marea estaba un poco baja ese día. La calle sale recta desde la playa a la plaza, fácil que fuera allí.



Pasadas unas horas, nos marchamos a casa de Pepe. Quise ir por el camino que no recordaba y nos liamos un poco. Me quede con las ganas de ver el cuartel desde arriba y que lo pudieran ver los míos. Todavía tengo buenos recuerdos del mismo, aunque reconozco que levantarse y encontrarse con aquel muro enfrente no es que fuera una vista para dar saltos de alegría.

Después de unas pequeñas peripecias, (casi acabamos en el norte de la isla), llegamos a casa de Pepe. Allí estaba todo a punto para comer, entrantes había de sobras. Tras las presentaciones y unas cervezas, me fui con Pepe a casa de su madre, tenía ganas de verla, pensé en llevar a la familia, pero al saber que su padre no se

encontraba muy bien decidí ir solo y dejar a la familia allí, sabía que los dejaba en buenas manos.

Pepe tocó el timbre y abrió su madre, me dijo:

-Eres Jerónimo.

No sé porque le dije que no. Ella se quedó parada, me estaba esperando desde hacía muchos años. Cuando fui a despedirme de ella haya por el año 1977, le dije que un día volvería.

Nada más decirle que sí, que era Jerónimo, y después de darnos un fuerte abrazo, me dijo:

-¡Con la de camisas blancas que yo te he planchado...!

Yo era todo un experto en arrugarlas. Dentro, en una butaca, se encontraba su padre, lo reconocí nada más verlo. Con su madre tuve dudas, sin embargo no con su padre, quizás al llevar unos segundos allí mi mente de golpe volvió al pasado, me encontré cómodo allí, era como si solo hubieran pasado unos pocos años. Me sorprendieron sus padres, habían viajado bastante, eso me alegró, se lo merecían. Creo que toda persona, en su vejez, debe viajar para ver lo que pueda, dentro de sus posibilidades. Ellos supieron aprovechar ese tiempo. Ojala todos los podamos aprovechar.

No pasaron más de diez minutos y apareció su hermano Paco. Nos tomamos otra cerveza, no lo íbamos a dejar beber solo, y después nos marchamos al bar de enfrente. En aquella calle habían cambiado muy pocas cosas. Me despedí de sus padres pensando en volverlos a ver, sobre todo a su madre, pero no pudo ser, quizás eso haga que pueda volver otra vez, por lo menos me queda esa excusa para ello.

Su madre me dijo al despedirnos que me había comprado un queso, que no pudo comprármelo duro, como me gustaba entonces, pero que era el mismo, aunque un pelín blando. Con la alegría que me dio, no me di cuenta de que les tenía que haber llevado algo, aunque solo hubiese sido una botella de cava. Tuvimos problemas con el equipaje desde el primer día que decidimos ir, sé que no es excusa, pero realmente tampoco caí en llevarle nada a nadie. Soy muy malo para estas cosas y a mi gente no se les paso por la cabeza.

El bar seguía allí, lo habían modificado por dentro pero lo recordaba muy bien, me había bebido muchas cervezas en él, y tras 36 años volvía a bebérmelas otra vez. Nos bebimos tres cada uno acompañadas con un buen queso y chorizo. Pago Paco. Según Pepe, él no tenía hijos ni responsabilidades, aunque supongo que alguna tendrá.

Le dije a Paco que en Barcelona tenía sitio por si quería venir, Paco me dijo que me lo agradecía, pero primero tenía y quería recorrer sus islas. Lo entendí de sobras, ya que piensa lo mismo que yo, primero es lo tuyo y después lo demás. Creo que le quedaban demasiadas cosas por ver allí antes de ir a cualquier otro sitio.

Comiendo, mientras recordábamos alguna cosa de la mili, llame a Just, Pepe tenía un buen recuerdo de él, (creo que quien haya tenido la suerte de conocerlo, lo recordara de por vida). Estuvieron hablando un momento, sé que Just se alegró, lo conozco bien, es de las pocas personas que tuvieron la suerte de nacer sin maldad.

Pepe me recordó el día que el imbécil de Bañoles le dijo algo en catalán mientras formábamos, al no entenderlo me pregunto qué había dicho, le dije sin darle importancia (creo recordar): “Fuera de aquí hijo puta”. Si Just no está al lado y se queda con la copla, se lo come. Le explicamos a Pepe que no lo decía en el plan que él lo entendía, no fue fácil que lo entendiera, pero lo medio entendió, la que se pudo liar fue gorda, estábamos rodeados de gente, el tío aquel era odioso a rabiar, creía comprarlo todo con dinero, no sé si lo mande a la mierda o al quinto coño al día siguiente en la cantina cuando me quiso invitar. Pepe cuando pensó en lo que podía haber ocurrido le dio las gracias a Just, y allí termino aquella historia, una historia que hizo que una persona jamás se pudiera olvidar de la otra de por vida, todo gracias a aquel gilipollas engreído de Bañoles, eso me hizo ver que hasta los gilipollas a veces son necesarios.



Salimos de casa de Pepe más allá de las cinco de la tarde, comimos y estuvimos a lo grande, difícil supera el nivel de la comida, (las papas arrugas como la mayoría de las cosas si no se comen en casas particulares no saben lo mismo).

Quedamos para el jueves, ya que era festivo, podríamos ir al sur. Personalmente tenía ganas de ir a Agaete.

Las cosas no siempre son como queremos. El domingo había ido con las sandalias nuevas, eso me pasaría factura, me destrozaron los pies.

El martes nos fuimos a Mogán. Estaba a veinte minutos del hotel, tenía ganas de ir, recordaba que se hizo un desembarco allí, yo solo vi como desembarcaban, ya que iba en el camión de víveres y fuimos a unirnos allí con ellos.

Nada más salir hacia Mogán con dos móviles con señal GPS, nos liamos. ¡Joder!, siempre es lo mismo. Tras redirigir la ruta, acabamos en la comarcal GC-500, difícil que se me olvide. Nada más entrar ya vimos que algo iba mal, demasiado estrecha, demasiadas curvas. Pasamos al lado de unas antenas que miraban al espacio, (supe después que era la estación de seguimiento espacial de Maspalomas). Me decía a mí mismo si aquel era el camino adecuado, pero no recordaba nada. Las costas de Garraf de Barcelona eran de risa comparadas con aquellas, tuvimos que adelantar a un coche que iba a treinta sin visibilidad alguna entregándonos a la suerte divina. La carretera se las traía para el que no estuviese acostumbrado a ella. Las rocas parecen unirse a ti en tu recorrido y el mar parece llamarte. Blanca dijo que ni loca volvía a pasar por ahí, le daba igual el tiempo que tardáramos en volver.

Al llegar al puerto de Mogán no me sonaba nada. Allí era imposible que se hiciera el desembarco, no era la playa que recordaba. La playa donde desembarcaron era bastante grande y aquella era pequeña, me había vuelto a equivocar. Pepe me dijo cuando se lo comente que fue en Playa del Inglés él fue uno de los que desembarco. Mi hijo quería ir allí por un motivo que me pasó desapercibido, y el motivo era que había un paquete de actividades lúdicas que costaba sesentas euros y consistía en montar en moto acuática, subir en paracaídas arrastrados por una lancha rápida, subir a un plátano y a una medio hamburguesa tirados por lancha. El pueblo es precioso, vale la pena verlo, pequeño pero muy bonito. La idea era de subir con ellos pero al tener que ser trasladados en barca, por como tenía los pies, no podía ser, no solo por la herida que tenía, sino por las rodillas. Una vez se fueron empezó a surgir una niebla intensa que llego a preocupar a la gente. Venía directa desde el mar, creando un ambiente de película de miedo del bueno. Los más viejos del lugar decían que jamás la habían visto. Me preocuparon mis hijos. Si la niebla seguía su rumbo los envolvería al completo, temía que no encontraran la orilla ante cualquier despiste. La niebla venía muy rápida, tuvimos suerte al irse directamente a buscar un cañón de la montaña. El

fenómeno no duro mucho, pero sorprendió hasta a los más viejos. Hasta que mis hijos no volvieron, no paso la preocupación. Pensé en que si pillaba aquella niebla a alguien en aquella carretera que habíamos dejado atrás, lo tenía que haber pasado putas, por mucho que se la conocieran, ¡joder que niebla más rara!

El martes vino Pepe al Hotel, (trabajaba a cinco minutos), y nos fuimos al bar donde él almorzaba. Era el bar de la gasolinera más cercana a su trabajo, era más bien pequeño y acogedor, me pedí un bocadillo, ya que Pepe no tenía hambre. A la segunda cerveza trajeron el bocadillo y como buenos amigos nos lo repartimos. Desde allí llamamos a Santiago, hable con él, le dije de almorzar el jueves, pero él pertenece a la comisión de fiestas y no podía faltar ese día ya que era el día de la patrona, creo que le supo tan mal como a mí el no vernos, me hubiera hecho ilusión, lo recuerdo siendo siempre independiente hasta de sí mismo, él siempre iba por libre. Pepe me decía que Santiago se pasó la Mili dándoles de comer a los cerdos del capitán Blanco, yo siempre lo vi pasear de aquí para allá, nunca supe qué hacía, lo mismo me ocurría con la gente que se ocupaba de la piscina, se los veía, pero como no los conocieras no sabías quienes eran, ni qué función ejercían.

No pudimos quedar para almorzar, pero pudimos hablar y acordarnos el uno del otro. No ocurrió lo mismo con Ramón, ya que no pudimos contactar con él. Hubiese sido un buen almuerzo. Lástima, seguro que lo hubiéramos pasado bien.

El jueves sobre las once y media llevo Pepe al hotel, venía con un queso y unos bombones, el queso era de parte de su madre y los bombones de su mujer, ella no recordaba haberme visto, pero yo sí que me acordaba de haberla visto unas dos o tres veces. La mente guarda imágenes de por vida, no quiero decir que yo sea especial, solo que el recuerdo que me pudo quedar de ella hizo que no tuviera que mirarla muchas veces para sentirla cercana. Aquel día ella tuvo que ir con su sobrino a un pueblo cercano, por eso no pudo venir.

Dejamos en el mostrador de recepción la bolsa que traía diciéndole a la recepcionista que prohibido tocar y nos fuimos a almorzar.

Pepe me pregunto a donde quería ir. Le dije que era él el que conocía los lugares autóctonos, que yo estaba allí para ir con él y decidió ir a un sitio que iba con sus compañeros de trabajo alguna que otra vez. El bar se hallaba a muy pocos metros de las grandes antenas que había visto el martes. Era un bar sencillo como el de la gasolinera, realmente son los bares que me gustan, quizás porque me crie a medias entre ellos y pase muchas horas en bares como esos, y las sigo pasando. Siempre digo que son bares con cache, ya que cada uno tiene algo que los hace especial, la camarera, el camarero, el jamón, las patatas, tienen siempre algo, como si fuera su bandera, ese algo marca la diferencia, te sientes como en casa, como si una parte de ti fuera una pieza más del bar.

Una vez sentados en la terraza, Pepe pidió unas jarras de cerveza y una ración de cochinillo. Al traer las jarras me dijo si me gustaba el tomate, algo que como cada día de varias formas diferentes, creo que es a lo único que soy adicto,(como también a la cerveza y el cava). Al decirme que era al estilo canario, le dije que eso no me lo podía perder, había que probarlo y nos pusimos a ello. Teníamos tiempo hasta las dos, por lo que nos relajamos. El calor apretaba con ganas. Llevábamos unos días bajo una ola de calor, un calor que la gente del lugar sentían bastante fuerte, yo no lo sentía tanto aunque estuviéramos a más de treinta y tres grados, quizás porque estaba acostumbrado, ellos están acostumbrados a temperaturas menores, note el clima diferente, quizás por la humedad o la presión atmosférica, recordé que me costó algo acostumbrarme cuando estuve allí por primera vez, me ha pasado más de una vez, debe ser cosa del organismo de cada uno.

Hablamos, como no, de la mili, las comidas y el cambio que se estaba produciendo en la isla. De la mili, Pepe me recordó una anécdota: Llego un día al cuartel y me vio cargado con todo el equipo de campaña corriendo, lo primero que pensó fue “que habrá hecho este ahora”, alguien le dijo que se alejara de mí. Había sido arrestado por el capitán-comandante, y le dio a entender que estaba prohibido hablar conmigo, (la verdad es que en aquel arresto me sentí como unapestado, la gente me llegaba a evitar, lo entendí de ahí que no le diera importancia), la mili es como es, hice lo que creí justo, por ello no tuve remordimientos por lo hecho. Le comenté que al que no olvidaría era al chaval aquel que se dedicaba solo a limpiar las perolas, no sé porque siempre lo he tenido presente, quizás porque me podía haber hecho amigo de él o porque no pude hacer nada por él, y eso me convertía en uno más de ellos, de esos que jamás quise ser, esos que miran siempre para otro lado. Pepe me contó que cuando me fui yo, un día el nuevo furriel se puso chulo y le puso una guardia. Al furriel lo avisaron que aquel chaval no estaba para hacer guardia, que tendría problemas con ese tema, pero el furriel ni caso, lo mando a hacer guardia. Por la noche, estando de guardia, paso por allí el capitán de guardia con su ayudante, les dio el alto, y ni santo y seña ni hostias, los mando tirar al suelo y allí estuvieron hasta que alguien escucho algo, o llamaron por radio, y vino el cabo guardia que lo conocía bien. El capitán se pilló un cabreo de la hostia, le dijo de todo al furriel. No le pregunte a Pepe como acabo el furriel, por norma son alguien que poco se les pude hacer, misterio del enchufismo militar.

Hablamos del gran capitán blanco, ejemplo de bondad y de corrección y ejemplo para los demás, quizás porque era abogado. El capitán lo llevo a su casa, le enseñó la faena que tenía que hacer, él le dijo que aquello lo podía hacer pero que tenía que ser en su casa, y el gran capitán estuvo de acuerdo. Al día siguiente, o al otro, le vino un camión con todo el material a su casa. El camión era militar y el material ni el más sabio sabe

de dónde salió, eso sí, la honradez del capitán no se ponía en duda. Como el honor se le debía de suponer.

Un día, “El gran capitán” debió de venir cruzado y al ver a Pepe le dijo:

-Te has pasado la mitad de la mili sin hacer ninguna guardia, ve y apúntate siete.

Pepe le dijo que no le hiciera eso, y la respuesta del gran capitán fue:

-¡Algo tienes que hacer!, estas en la mili.

Con aquello, él debía limpiar sus remordimientos, y Pepe se tuvo que chupar las guardias, todo por limpiar honor de su capitán. Gran tío el gran capitán Blanco.

Recordamos las comidas, entre ellas, el pollo en salsa que hacían en el cuartel. Lástima que no lo encontrara..., si encontré el jamón canario, el sabor no lo recordaba mucho, lo achaque al tiempo transcurrido. Pepe me pregunto si había probado la corteza del jamón, le dije que sí y a continuación me pregunto si la había encontrado dura, yo le conteste que sí y me explico que eso significaba que era porque estaba congelada. El jamón ha de estar tierno para que este bueno, la diferencia se nota un montón, la corteza queda tierna, entonces me acorde que cuando hacían jamón, los oficiales, en algún cumpleaños, le “chorizábamos” parte de la corteza que estaba buenísima. Pepe me comento que en el bar de la gasolinera cada día se gastaban de cuatro a seis jamones en tapas y bocadillos, lo hacían como dios manda, me sorprendió aunque lo entendí. Siempre he dicho, puesto que lo sé por experiencia, que los bares más sencillos tienen lo mejor de lo mejor, se esmeran más.

En esa terraza, me di cuenta seriamente del cambio que se estaba produciendo en la Isla, lo había comentado con Pepe. Allí al estar rodeado de lo que debía ser el principio de la creación de las islas, nos planteamos que era mejor para la misma, se produjo en mi mente un conflicto de ideas ecológicas.



Ecológicamente era un desastre transformar la naturaleza, otro era transformar la vida de la isla. Convertir sitios yermos, en pequeños paraísos, unos paraísos creados con un fin económico, pero paraísos. Si me dan a elegir entre el paraje desértico y el pasaje hotelero, me quedo con el hotelero. Uno te parte el alma con su vacío, el otro te la refresca con su ruido. El tema se las trae, afecta a los principios. Viendo la tierra donde me hallaba y lo que se hallaba junto al mar, predomino en mí el principio de que a la tierra, como a la vida, se le ha de sacar todo aquello que te pueda ofrecer, respetando los espacios, los tiempos y creando un entorno lo más maravilloso y perfecto posible. No sé dónde está la razón, ni cual modo sería el perfecto, pero creo que no me importaría que se fuera ampliando todo lo posible, con el mismo respeto (por lo que lo que pude ver) que lo estaban haciendo.

Dicen que son las islas afortunadas y la verdad es que no lo pongo en duda, se puede construir todo un paraíso en ellas, hay todo un futuro para ello, si priva la conciencia antes que la avaricia, que así sea...

Tras tres jarras de cerveza, apurando el tiempo y el pan(muy bueno por cierto) en la salsa que quedo del tomate y el cochinillo, nos fuimos poco a poco de allí, llevándonos unos vasos de recuerdo que nos dieron. No fue regalo del bar, sino fue de alguien que pasaba por allí y a quien conocía Pepe. Aprovechamos el viaje sin quererlo.



De vuelta al hotel nos pudimos despedir de él toda la familia. No sé si nos volveremos a ver. Me gustaría, no hay duda de ello. El tiempo y las circunstancias lo dirán.

Sé que para la primera semana de mayo se reúnen los infantes de Marina veteranos, gente que paso por los mismos sitios que pasamos nosotros. Espero y deseo poder ir aunque sea solo un año, para comer ese día con ellos.

Por la tarde nos fuimos a hacer las compras como buenos turistas. Quitando el problema de mis pies, el cual no me permitió poderme bañar en las piscinas, ni poder visitar la isla como quería, por lo demás todo iba sobre la marcha.

El ambiente en el hotel, hay que decirlo, era exquisito. La atención perfecta. Sé que es su trabajo, pero la gente ha de sentirse a gusto y puedo decir que allí se sentían a gusto hasta los trabajadores. No vi ninguna mala cara, ningún mal gesto entre el personal, ni nadie del servicio que no te buscara con la mirada al cruzarte con ellos para darte los buenos días o las buenas tardes o noche, me imagino que alguno que

otro tendrían sus problemas, pero se los debían de llevar a sus casas cuando acabaran la jornada.

Brindo desde mi casa por toda aquella gente del hotel “Hotel Club Riu Maspalomas”.

No podíamos acabar las vacaciones sin el consiguiente: “No puede ser que no nos pase algo” este es el escrito que mande a raíz de lo que paso:

* El viernes 15 de agosto del 2013, a las 18 horas, nos encontrábamos mi mujer, mi hijo y el que escribe en el centro comercial Varadero, (según datos de la policía municipal S.B. Tirajana, Gran Canarias). **Tras unas compras, cogimos el ascensor, le di al botón de cero y bajo sin ningún problema. Una vez abajo, nos dimos cuenta que teníamos que ir a la planta superior, tras cerrarse las puerta le dimos al botón del primer piso. Cuando quedaba dos tercios del ascensor para completar el recorrido asignado, se paró de golpe. Tocamos el botón de emergencias, como mandan los cánones, en espera de una respuesta en un tiempo prudencial, unos minutos. En el ascensor se decía, según un cartel que estaba controlado con cámara de vigilancia, (eso nos dio seguridad, ya que en teoría nos tenían que estar viendo). La parte de atrás del ascensor era completamente de vidrio, por lo que la gente nos podía ver perfectamente, tanto clientes, como comerciantes), que nada más vernos se preocuparon por nosotros y se dedicaron a darnos ánimos. Hasta pasados algo más de 20 minutos no supimos que la persona responsable de la seguridad en ese momento de los almacenes acababa de aparecer, (el calor dentro del ascensor se fue haciendo insoportable, aun teniendo un ventilador para estos casos) Cortaron la luz, era cosas de segundos, el reloj seguía su orden, pero allí no sabíamos nada. Pasada media hora llamamos al 112, el guardia de seguridad no se aclaraba con el ascensor, un matrimonio le dijo lo de la llave maestra y su respuesta según ellos fue que no sabían lo que decían que esto con un simple reseteado del ascensor se solucionaba. Quizás fuera de esa forma, el problema era que no tenía que tener mucha idea de cómo se hacía lo del reseteado. Abrimos las puertas del ascensor para que pudiera correr el aire, queríamos ponernos en contacto con alguien simplemente para que nos pasara un cartón para darnos aire, pero nadie aparecía, el guardia paso por la parte de detrás del ascensor, la gente le decía que nos mirara, que le estábamos llamando y el señor guardia de seguridad ni se molestó en mirar, solo pedíamos un simple cartón que nos podrían pasar por la ranura del ascensor y que no cortara la luz ya que el ventilador dejaba de funcionar. El calor se convirtió en sofocante, y la desesperación aplastante. Aquel matrimonio consiguió convencerle y abrieron la puerta, tras eso el guardia de seguridad desapareció. Desde una tienda nos**

pasaron una silla y pudimos salir por el hueco que quedaba. En ese momento llego la policía municipal, los bomberos y la policía nacional.



La queja que formulo no va contra el guardia de seguridad. Primero porque me dijeron que llevaba solo tres días allí, segundo por que pudo entrar en un estado de pánico y tercero porque la situación le supero, (le puede pasar a más de uno). Mi queja va contra su jefe. Según nos dijeron, el guardia lo llamo por teléfono a su desespero varias veces y no le cogió el teléfono. El guardia de seguridad tardo en llegar, (pudiéndole pedir responsabilidades por denegación de auxilio), quizás tendría sus motivos, pero que no pueda contactar con su jefe no tiene explicación y es una falta de seguridad tremenda. Ese es el motivo principal de esta queja, me cabreó la actuación del guardia de seguridad, (creo que a todos les cabrearía), pero entiendo que todo aquello, al seguridad, al verse sin apoyo se

le fue de las manos. Los responsables de los almacenes, tanto como el responsable del guardia de seguridad, son los responsables de lo ocurrido. Un policía nacional me dijo teníamos suerte de poder respirar, y es verdad, le dije que también a alguno de nosotros le podía haber dado una lipotimia y quedarse allí, no ocurrió, pero les aseguro que pudo ocurrir, alguien entre nosotros tenía antecedentes de ello, y eso, en aquella situación, era muy preocupante para mí No fue fácil estar allí durante 56 minutos con aquella calor irrespirable.

En primer lugar la queja es contra el centro comercial por no tener un responsable con la formación adecuada. Si ellos le pasan la responsabilidad a la empresa de seguridad, que se aclaren entre ellos. Los principales responsables deben ser el centro comercial por no tener un responsable cualificado, y nadie, aparte del guardia, apareció como responsable ni comprobó el estado de las personas.

En segundo lugar, el guardia quiso sacarnos de allí con tensión, (corriente eléctrica), en el ascensor y tuvo que ser un cliente externo al centro quien le tuvo que decir que tenía que cortarla.

En tercer lugar la reiterada búsqueda del guardia de seguridad y su aparición con apariencia de tranquilidad y sin prisa ninguna en el auxilio de los que allí estábamos encerrados, no miro ni como estábamos ni si respirábamos, ni nada de nada.

Esta es la anécdota negativa del viaje a Canarias. Aunque no estuvimos faltos de algún que otro contratiempo, como fue el peso de las maletas (no más de 15 kilos), a las que tuvimos que aligerar peso allí mismo (en el aeropuerto), los 20 euros por kilo de mas, entre las tres maletas nos pasamos en 8 kilos, allí mismo, camisas, sandalias, toallas, se quedaron en la papelera. Teníamos que pagar 160 euros, al final solo pagamos 40. Nosotros cumplimos, Raynair no se molestó, salimos una hora y algo con retraso, pero no pasó nada. ¡Muy buena la compañía...! como tengas algo de sueño en el viaje y quieras dormir..., lo tienes fatal, te venden de todo durante el vuelo, ¡joder que palizas!, ¡más pesados que los testigos de Jehová!, como para tener el viaje en paz...

Nos liamos a la llegada, fuimos por la terminal 1 y volvimos por la terminal dos. Estuvimos una hora para localizar el coche en su aparcamiento, 124 euros nos costó el parquin por 6 días, cuando por Internet vimos que costaba 60 euros los seis días. El problema fue que nos equivocamos de parkin y pagamos la equivocación.

Resumen final del viaje

Me supo a poco, quizás eso sea bueno porque mantiene la llama para poder volver.

Me quede sin despedirme de la madre de Pepe, como de su hermano y su padre.

Me quede sin poder almorzar con Santiago y Ramón.

Me quede sin ver el Norte y el Centro.

Me quede sin poder ver el Cuartel, para buscar en el mis recuerdos.

Me quede como siempre queriendo hacer muchas cosas.

Me quede sin poder comer aquellas comidas del cuartel.

Me quede sin pisar la piscina del hotel, (el mar Atlántico si lo pise).

Hable con Pepe de hacer este libro de otra forma y él casi no me deja explicar, se enroco en que la primera idea es la que vale y creo que me convenció. El libro me crea un problema mental, por ser dos historias diferentes, hare caso a Pepe y lo dejare como esta, lo del protagonismo lo tengo superado, si no fuera de esa forma no podría escribir el libro tranquilamente como lo he hecho.

Espero que esta vez no me equivoque.

Al llegar le di dos libros a Pepe de los que habían escrito y el domingo, yendo para casa de su madre, me dijo:

-Chacho, ¿cómo me lo has escrito en catalán?

Me sorprendió, puesto que no creo haber escrito en catalán, en mi vida más de tres palabras. Entendí que se lo había dedicado en catalán, pero eso era imposible. Al ver mi asombro, me lo aclaro. En uno de los libros, había una esquila a dos caras, escritas en catalán, yo no me había dado cuenta de ello, ya no podía hacer nada, me sentí inútil total por ni siquiera pensar en ello, inútil total, creo que esto me ocurrió por escribir con el corazón en vez de con la cabeza, espero que otra vez no lo vuelva a hacer.

Desde aquí las gracias a aquel matrimonio gallego al que pudios ver después de lo del ascensor y de los que aprendí que hay que estar hasta el final en las cosas. fin..



¡!!1contraportada!!!!!!!!!!



Todo comenzó, con una simple conversación, alguien dijo, te olvidaste de Chaparro,
-La verdad es que si, de él me olvide,

Entre en un silencio aletargado, porque quizás no solo de él me había olvidado,
El sueño me abandono, quizás porque a más de uno yo había olvidado.

Me dije si el sueño no viene a mí, tendré que ir a plasmar los recuerdos de aquellos
a quien quise y olvide....

Esta es la explicación al libro, no hay otra. Simple, Sencilla y Llana,
Se compone de dos historias, dos épocas diferentes, unidas por el hilo invisible de la
amistad,

La primera abarca de los trece años a los quince, con un apartado de los diecinueve.

La segunda de los veintiuno a los veintitrés,

La primera de la amistad en el trabajo, la segunda de la mili,

Todos tenemos historia desde el mismo momento de nacer, mi padre se entero de mi
nacimiento por un perro, ya que se encontraba a cincuenta kilómetros del pueblo,

He aquí parte de nuestra historia, una historia que no es para olvidar

Volveremps-----Fin



Jerónimo durán García, nacido en hornachos. Badajoz.. Formado en los barrios de Hospitalet de Llobregat... Asentado en San Feliu de Llobregat, meditando en San Sadurni de Anoia, el cava ayuda mucho a ello,,, Descansando en Burriana,(Castellón de la Plana),,,